

WOLF

HISTORIA
DE LAS LITERATURAS
CASTELLANA
Y PORTUGUESA

2

4
D
15065



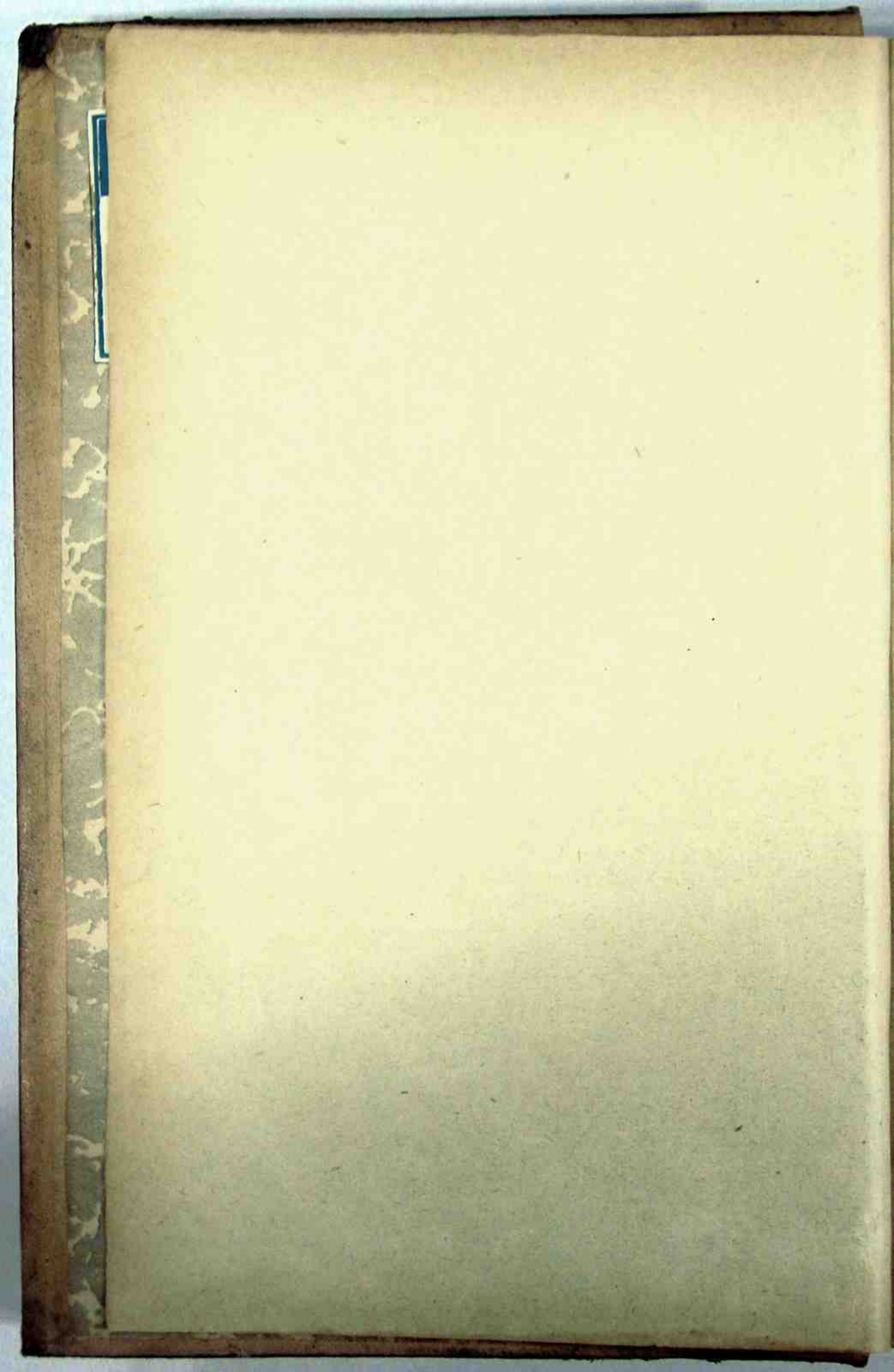
UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA

ESTE.....

TABA.....

Nº 15065





BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MURCIA

ARMARIO N.º

7

ESTANTE

C

VOLUMEN N.º

341



UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

MURCIA

Libro 16

11

Nº 19

22

HISTORIA

DE LAS

LITERATURAS CASTELLANA Y PORTUGUESA

UNIV
DE
BIBLI
EST
TAB
No 1

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA DE LAS LITERATURAS
CASTELLANA Y PORTUGUESA

POR

FERNANDO WOLF

traducción del alemán por

MIGUEL DE UNAMUNO

profesor en la Universidad de Salamanca.

CON NOTAS Y ADICIONES POR

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

—
SEGUNDA PARTE
—



MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta Sto. Domingo, 16.

ES PROPIEDAD

1438.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE AGUSTIN AVRIAL
San Bernardo, núm. 92.

LA LITERATURA CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

SOBRE LA POESÍA DE LOS ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES (1)

1. Université de France.—Académie de Paris.—Faculté des lettres.—Thèse pour le doctorat.—Études sur l'origine de la langue et des romances espagnoles, par M. E. Rossew Saint-Hilaire. Paris 1838. 4-33 pág.
2. De primitiva cantilenarum popularium epicarum (vulgo Romances) apud Hispanos forma.—Ad professoris ordinarii locum in facultate philosophica universitatis litterariae Berolinensis rite capessendum scripsit. V. A. Huber, phil. Dr. et professor publ. ord. Berolini, typis academ. 1844. 4-27 pág.
3. Chronica del famoso cavallero Cid Ruy Diez Campeador.—Nueva edición con una introducción histórico literaria. por D. V. A. Huber, catedrático de literatura moderna en la universidad de Berlín.—Marburg, en casa de Bayrholder, 1844, gr. 8, CXLVIII y 355 pág.
4. Romancero castellano ó Colección de antiguos romances populares de los españoles, publicada con una introducción y notas, por G. B. Depping.—Nueva edición con las notas de D. Antonio Alcalá-Galiano.—Leipsique, F. A. Brockhaus. 1844, gr. 12, tomo I, LXXXIII y 418 páginas, tomo II, IX y 482 páginas.
5. Rosa de Romances ó Romances sacados de las «Rosas» de Juan de Timoneda, que pueden servir de suplemento á todos los Romanceros, así antiguos como modernos, y especialmente al publicado por el Sr. D. G. B. Depping; escogidos, ordenados y anotados por Fernando José Wolf. Leipsique, en casa de F. A. Brockhaus, 1848, gr. 12, XXIV y 110 páginas (forma además el tercer tomo de la obra precedente).

El amor que ha vuelto á despertarse en Europa hacia la poesía popular y el cuidado que todas las naciones á porfia se toman por la conservación y difusión de sus cuentos, leyendas y cantares, son un

(1) De los Wiener Jahrb. des Lit. tomo 114, páginas 1-72; tomo 117, pá-

fenómeno peculiar y significativo de nuestro tiempo, tan poco romántico por lo demás. Hace cosa de setenta años, cualquier académico ó profesor universitario habriase juzgado ofendido por la mera sospecha de que aplicara su docta actividad á la literatura popular de su nación, actividad que creía emplear mucho más dignamente en in-

ginas 82-168. He refundido para ello: la reseña sobre el «Romancero general» de Durán (2 ed., Madrid, 1849-1851: 2 tomos, en la «Bibliot. de aut. esp.» tomos 10 y 16) contenida en las *Blatt f. lit. Unterh.*, 1852, números 16 y 17; el apéndice tercero de mi traducción de la *Historia de la literatura española*, de Ticknor, apéndice titulado «Sobre la poesía de los romances en España» y la introducción á la «Primavera y Flor de Romances, ó Colección de los más viejos y más populares romances castellanos», publicada con una introducción y notas por F. J. Wolf y C. Hofmann, Berlín, 1856, 2 vols., 8. (Véase sobre este mismo asunto tratado con más amplitud conferencias muy dignas de atención en: *Göttinger Anzeigen*, 1857, st. 40-47 de V. A. Huber, en el *Stuttg. Vierteljahrschrift*, Abril, 1857, páginas 86-121 de A. Ebert, en «El Criterio», año de 1856, número 171, de Amador de los Ríos, y en la *Revue germanique* 1.^{er} année, 1858, núm. 2, páginas 179-229 de Édélestand Du Méril.)

El señor conde Alberto de Circourt ha dado un notable sumario del presente trabajo acerca de la poesía de los romances, con instructivas notas, en la *Nouvelle Revue encyclopédique*, publ. par MM. Firmin Didot, frères. Deuxième année, Septembre et Octobre, 1847, num. 9 et 10, tome V, p. 33-54 et p. 191-204.

Desde entonces han aparecido los siguientes trabajos especiales acerca de la poesía de los romances: *De la Chevalerie en Espagne et le Romancero* de Ch. Magnin, en la *Revue des deux mondes*, année 1847, tome XIX, p. 494-510, ingenioso aperçu; *O spanelskych romanccih Snekteryimi ukázkami z nich o ceském prekladu od V. Nebeského*. (Sobre los romances españoles, con algunas muestras de ellos traducidas al bohemio por V. Nebesky) en: *Casopis Musea Královstvi Ceského* (Gaceta del Museo bohemio) año xxx, 1856, cuaderno 4, páginas 35-78; trabajo muy bueno, que abarca compendiosamente los resultados de las más recientes investigaciones, habiéndome servido de gran satisfacción que concuerde con la mayor parte de mis opiniones un tan excelente conocedor de la poesía popular; *Études sur le Romancero*, par M. Amedée Hardy, en la *Revue espagnole et portugaise*, 1857, 5 Mai; artículo de periódico completamente superficial; y *Kort Ofversigt af Spanska Romanser nas Historia af E. C. Nilsson*, I, Copenhague, 1857, 8, principio que promete poco, de una «Breve ojeada de la historia de los romances españoles» en sueco, desde el punto de vista de Bouterwek ó de Sarmiento, completamente falta de crítica por lo tanto.

dagaciones sobre una vasija griega antigua ó sobre una partícula latina; y aun las personas doctas eran hasta tal punto víctimas de este prejuicio, que consideraban la poesía popular como algo equivalente á los espectáculos de feria y á los cantares callejeros del populacho, despreciándola soberanamente. Llegaba la cosa á punto de haber podido un Nicolai, seguro del aplauso de la mayoría, osar poner en ridículo las colecciones de cantos populares en general.

Esta ignorancia y este desprecio de la literatura popular eran consecuencia por un lado del exclusivismo, llevada al colmo, de la dirección humanística erudita, que pisoteaba desatenta las frescas flores silvestres del suelo patrio para desenterrar hermosas petrificaciones y bustos mármóreos de lejanos tiempos y extrañas tierras; y en parte del servil rebajamiento de los pueblos mismos, privados de toda conciencia propia, que habían olvidado todo animador sentimiento de unidad nacional y todo pensamiento de comunidad de razas, sustituyéndolos por una política de mezquina avidéz, dirigida meramente á un engrandecimiento exterior, la política de aquella «razón de estado» que se fué haciendo cada vez más desvergonzada desde la guerra de los Treinta Años.

Hacia falta, no hay que dudarlo, un nuevo «azote de Dios», el puño de hierro de un conquistador del mundo, que desenvolviera terriblemente en sus consecuencias más externas aquel despotismo y aquella política de conquista, para sacudir á las naciones de su letargo y volverlas á la conciencia de sí mismas. Hacia falta el señorío tiránico de la usurpación que lo nivela todo, y aniquila todo interno desarrollo orgánico, para que los pueblos fueran á buscar el último medio de salvación de su peculiaridad nacional y de su independéncia en la conservación de su lengua y el cultivo de su literatura popular. Así es como vemos, casi al tiempo mismo en que alcanzaba su punto

culminante el imperio napoleónico, despertarse de nuevo la atención de los pueblos sobre los monumentos literarios y lingüísticos de su pasado; al tronar de los cañones de Austerlitz y Jena contestan las «Voces de los pueblos en sus cantares»; con el grito de combate de la guerra de emancipación resuenan de nuevo los cantos heroicos de los Nibelungos y del Cid, y con el triunfo de la independencia nacional sobre la monarquía universal se decidió en la literatura la victoria del principio popular sobre el clasicismo francés.

La opresión del dominio extranjero había cargado con grandísimo peso sobre los alemanes; pero los alemanes fueron los más celosos propagadores del principio popular en la literatura, los primeros que con plena conciencia sacudieron las cadenas de la opresión de escuela y del pseudo-clasicismo, los más agradecidos y despreocupados al reconocer el profundo sentido y efecto de la legítima poesía popular. A ellos sobre todo compete la gloria de haber vuelto á restituir á ésta sus derechos. Desde Alemania difundióse la atención y cuidado hacia esa poesía á todas las naciones cultas de Europa, y después que hubieron dado el primer ejemplo, rivalizaron los otros con ellos en la conservación y recolección de esas flores peculiárisimas del espíritu del pueblo. Podía ya un Nicolai ponerse en ridículo, si quería burlarse de estas colecciones de cantos populares, pues hasta su «pequeño Almanaque», compuesto irónicamente, les vino muy bien; pagábanse hasta á peso de oro las antiguas colecciones raras de esta clase, mientras que las aldinas y ediciones clásicas *cum notis variorum* se relegaban á los desvanes; ya no se desdeñan los primeros poetas en tratar popularmente las leyendas de su pueblo, y no ocultan de ningún modo, precisamente porque son grandes poetas, que no pueden alcanzar el sencillo y profundo poder mágico de la legítima poesía popular; hállanse un Walter Scott y un Uhland que

se tienen por muy honrados, después de haber alcanzado inmortal renombre con poemas impregnados de espíritu popular, al hacer accesibles á otros las fuentes en que se inspiraron; entonces un crítico como Lachman consume sin escrúpulo alguno tantas vigiliass en las canciones del noviazgo de Günther y Sigfrido como en las del rapto de Helena, y se atreve á vindicarlas como las más hermosas y genuinas de la poesía popular; entonces un lingüista é investigador de antigüedades en grande escala, tal como Jacobo Grimm, no se convierte en objeto de la burla de los pueriles pedantes, al recoger los cuentos de niños y del hogar doméstico, tan gustados de los ánimos infantiles, y los edita y comenta como si fueran cuentos milesios; entonces hasta en la misma *Université de France*, asiento en un tiempo del ultraclasicismo, se alcanza el grado de doctor mediante una tesis acerca de los romances populares; entonces puede atreverse *¡mirabile dictu!* hasta un *Professor ordinarius* de una de las primeras Universidades alemanas, á ingresar como tal en ella merced á una memoria acerca de las «Cantilenas populares» como lo prueba nuestro número 2 (1).

Estas dos memorias son, por lo tanto, aparte de su va-

(1) El mismo excelente autor de ésa memoria ha probado tan clara como contundentemente (en su notable crítica del Romancero de Depping en las *Blätt. f. lit. Unterh.* de 1845, número 320) que, á pesar de este inegable interés de los cultos y aun de los meros letrados hacia la poesía popular, se halla ésta en mucha parte todavía en manos del mero diletantismo, y que aún queda mucho por hacer, sobre todo por parte de las universidades y academias, para llevar al estudio de este importantísimo objeto el cuidado de la ciencia. ¡Ojalá llegue su advertencia á oídos de los doctos rectores de las universidades! Desde entonces (al paso que en Alemania está todavía abandonado al simple particular el salvar de la total desaparición que cada vez de más cerca les amenaza, los restos de la poesía popular) el gobierno francés ha tomado bajo su protección como asunto nacional el coleccionar y editar los cantares populares que brotan del suelo indígena, encargándose de tal cuidado el *Institut de France*.

lor interno, pero desigual, un hecho significativo tan sólo por la mera posibilidad de su aparición.

Pero los alemanes no se contentaron con explotar literariamente el interés hacia la poesía popular, excitado y difundido por la necesidad del momento, el poder de las circunstancias, la alterada dirección del espíritu del tiempo y el despertar de la conciencia de los pueblos; no se contentaron con trabajar en lo suyo propio, sino que, movidos por todo eso y por el cosmopolitismo y universalización que es peculiaridad de su espíritu, al que, por efecto de la posición que el pueblo alemán ocupa, le está encomendada tal tarea en la historia universal, sintiéronse impulsados y hasta obligados á ocuparse en la poesía nacional de otros pueblos (1).

Por lo que hace sobre todo á la poesía popular española, un alemán, el genial Herder, es quien, gracias á sus «Voces de los pueblos en canciones», y sobre todo por su «Cid» ha alcanzado el indisputable mérito de haber excitado en favor de aquélla el interés de la Europa culta, habiéndolo hecho con tanto tino, que, á pesar de todas las deficiencias en detalles y particularidades, la impresión total es justa y duradera, y su «Cid», á pesar de todas las traducciones posteriores en muchas cosas más exactas y mucho más completas, ha llegado á ser para los alemanes un libro popular en el más elevado sentido (2). Alemanes, Ja-

(1) Sobre esta misión de los alemanes, la imprescindible necesidad de satisfacer esta exigencia, lo relativamente mucho que hay que hacer acerca de ello, para elevar este estudio á la esfera de la ciencia, y cómo esto sólo puede cumplirse tomando parte activa en ello las universidades y con el apoyo positivo de los gobiernos, se ha explicado muy bien el señor profesor Huber.

(2) Han hecho justicia al punto de vista y al fin de Herder en la concepción de su *Cid* Huber (en los *Gotting. Anzeig.*, 1857, cuaderno 40, página 395) y Ebert (en el *Deutsch Vierteljahrschrift*, Abril, 1857, páginas 97-98). El juicio desfavorable de Villemain acerca del mismo, ha provocado dos escritos apologéticos alemanes: Mönlich, *Herder's Cid und die span. Cid-Romanzen* (Tübingen, 1854, 4) y Niemeyer *Ueber Herder's Cid* (Crefeld, 1857, 8.)

cob Grimm y Depping, arreglaron por primera vez, en éstos últimos tiempos, fuera de España, colecciones de romances españoles (*Romanceros*) en la lengua original; el primero de los cuales (Silva de romances viejos, Viena, 1815) contiene ya los elementos de lo que debe ser una tal colección para que llene los más elevados y científicos requisitos; la del segundo satisfizo ya en su primera edición (1817) las necesidades de los doctos, por su inteligente ordenación y relativa integridad, y la nueva edición, la citada en el número 4,—después se ha preparado en Londres (1825) una reimpresión de una de sus partes en español,—es aún más satisfactoria. Finalmente, después que Bouterwek, los dos Schlegel, Tieck, F. W. V. Schmidt, Diez, Beauregard-Pandin, Häting (Willibald Alexis), Böhl de Faber, Julius, Rosenkranz, Keller, Duttonhofer, Regis, Geibel, Carlos Stahr, Luis Clarus y otros han cooperado más ó menos á este fin, con tratados, traducciones y ediciones, un alemán también el señor profesor Huber, es quien ha investigado científicamente y puesto de relieve de un modo crítico la formación y el desenvolvimiento de la poesía de los romances con sus escritos citados en los números 2 y 3 (1).

Envaneciéndonos con legítimo orgullo de los trabajos de nuestros compatriotas en este terreno, es ya tiempo de dirigir á ellos una ojeada; y considero tarea oportuna, tomando en muy especial cuenta los escritos precitados y comparándolos con lo que han hecho en tiempos recientes acerca de esto los mismos españoles, intentar resumir los resultados conseguidos sobre la poesía española de los romances, de donde se inferirá qué es lo que nos resta por hacer para elevar las opiniones subjetivas á saber objetivo.

(1) Lo que aquí no hace más que indicarse ha tomado por asunto principal y expuesto con gran doctrina Ebert en su citado trabajo *Literarische Wech selwirkungen Spaniens und Deutschlands* (Acción mutua literaria entre España y Alemania).

Para hacer más fácil la ojeada, voy ante todo á exponer bibliográficamente y someter á examen crítico las fuentes y colecciones de los Romanceros aparecidos hasta hoy, en cuanto me son conocidos y accesibles; después, presentaré y estimaré las opiniones acerca del origen, formación y desarrollo de los romances; y finalmente, trataré de su fundamento material y de la división basada en éste, ó sea de los diferentes géneros de romances.

I

De las ediciones y colecciones de romances.

ROMANCEROS

Al mismo tiempo casi en que se introducía y difundía el arte de la imprenta en España, ganaba la conciencia nacional en intimidad y extensión, merced á la unión de los pequeños reinos en una gran monarquía bajo los Reyes Católicos y el engrandecimiento de la misma en el exterior como potencia de primer orden bajo el rey Carlos I (Carlos V de Alemania), y como consecuencia ulterior de esto, junto á la poesía artística se dió cada vez más valor á la popular, ya no vivió despreciada y desatendida en boca del pueblo, sino que excitó la atención de la nación y hasta de los poetas artísticos, en una palabra, se convirtió en un significativo elemento de la conciencia nacional. Es, por lo tanto, natural y no necesita en rigor más prueba el que desde el momento en que la poesía popular llegó á convertirse en tal elemento, no se dejara ya á su

transmisión de boca en boca del pueblo la parte más importante y que más respondía al sentimiento nacional, los romances, sino que se hizo uso en favor de ella de la nueva invención, por la cual se fijaba y multiplicaba mediante la imprenta la palabra fugitiva. Pero así como no se podría dudar de esto, aun cuando no se hubiera conservado ni una sola impresión de estos cantos, así también era cosa muy natural el que en un principio se imprimieran tan sólo algunos romances, los más corrientes, los más gustados, los más nuevos, *pliegos sueltos*. No sería, en verdad, maravilla, que de estos *pliegos impresos al vuelo*, que no llevaban en vano ese nombre, ni uno solo hubiera escapado á la «iniquidad del tiempo» y al ansia del lector, para llegar hasta nosotros.

Sin embargo, una feliz casualidad nos ha conservado tantas de estas hojas sueltas, que bastan para probar documentalmente lo dicho, si es que ello lo necesitara. Aún hay más, y es que debemos asombrarnos de la riqueza de lo conservado, y presentarlo reunido, puesto que tiene tanta importancia este fenómeno. Durán, en la última edición de su «Romancero general», ha dado un rico índice de los romances que aparecieron en hojas volantes, sobre todo de los pertenecientes al siglo xvi (tomo I, páginas 67-80), fechados en los años 1525, 1537, 1538, 1539, es decir, antes de haber aparecido las colecciones impresas. Por mi parte he contribuido á esta labor en mi memoria «Acercas de una colección de romances españoles en hojas volantes, de la biblioteca de la universidad de Praga (Viena, 1850, 4). El mismo Durán (l. c., *Prólogo*, pág. viii) considera los pliegos sueltos como el primer modo y el originario de la publicación de los romances.

Por estos ejemplos de romances en pliegos sueltos se ve ya que en un principio se tenían en consideración y estimábanse dignos de darse á la prensa, sobre todo los

compuestos, glosados ó parodiados (*contrahechos*) por poetas artísticos, y así los hallamos en colecciones, primero en pequeño número, mezclados con poesías de poetas artísticos cortesanos, arreglados ó desfigurados por ellos, en los llamados «Cancioneros», es decir, en colecciones de poesías artísticas de *trovadores* (1); puesto que los romances entonces sólo podían pretender un lugar muy modesto, predominando como predominaba la poesía artística, y debían contentarse con ser tolerados y ocupar un rincón en tales colecciones entre las *canciones* artísticas, á título de juguetes accidentales, á que á veces descendían los trovadores (2).

Así es que ya en el más antiguo «Cancionero», el de Fernández de Constantina, se hallan romances bajo una rúbrica propia: «Romances con glosas y sin ellas» (23 en

(1) *Canciones*, por oposición á los cantares populares de los juglares, *romances* y *cantares*. De estos últimos habla el marqués de Santillana en su famosa carta al condestable de Portugal con gran desprecio: «Infimos son aquellos (juglares) que sin ningún orden, regla ni cuento facen estos romances é cantares de que la gente baja é de servil condición se alegra.»

A este desprecio hay que atribuir el que no se halle *ninguna* colección *manuscrita* de romances (véase la introducción del marqués de Pidal al «Cancionero de Baena», pág. 24). Tan sólo en el «Cancionero de Lope de Stúñiga» está transcrito *un* romance (anterior, por lo tanto, á 1448) y en el muy posterior «Cancionero de Ixar» se hallan un par de romances parodiados (Ticknor, II, páginas 518-519 y 676-679). Los romances citados por Durán en el «Catálogo de Códices» (II, 695), proceden todos de tiempo muy posterior, de la segunda mitad del siglo XVI y del XVII, es decir, después de las colecciones impresas.

(2) Así por ejemplo, Diego de San Pedro, el conocido trovador, autor de la «Cárcel de amor», de fines del siglo XV y principios del XVI, habla de los romances desgraciadamente perdidos, que hizo en anteriores años, como de pecados juveniles (Böhl de Faber. *Floresta*, tomo I, página 152):

Y aquellos Romances hechos,
 Por mostrar el mal allí,
 Para llorar mis despechos,
 ¿Qué serán sino pertrechos
 Con que tiren contra mí?

número, v. Ticknor, II, páginas 529 y 533), y en el conocido «Cancionero general» de Hernando del Castillo, no sólo se conserva esta rúbrica y se aumenta su número considerablemente en ediciones posteriores (v. gr. en la de Amberes, 1557, hay 38 romances), sino que ocurren también un par de romances entre los poemas espirituales y un par de históricos en las adiciones á la última edición. Pero la mayor parte son romances artísticos, y sólo los principios ó fragmentos de los romances lo son de populares más antiguos que sirven de base á las glosas, imitaciones y arreglos de los poetas artísticos (1). Durán (l. c., II, 679-680, s. v. Castillo) ha mostrado muy bien la

(1) En la por mí descrita «Segunda parte del Cancionero general», preparada en Zaragoza por Estévan de Nájera y publicada en pequeño volumen, cuyo único ejemplar posee la Biblioteca de la corte imperial de Viena, están los romances desde el folio xxv hasta el lxxxv, siendo arreglos tan sólo de poetas artísticos. Son los siguientes: Romance de Parnaso glosado por Juan González de Rodil; Romance de Francisco García de Çafra, compuesto por Francisco de Vargas. Empieza: Año de mil y quinientos—y cincuenta y dos corría (relación de una batalla naval entre cristianos y un corsario argelino).—Disparates de Grabiél (sic) de Saravia; los cuales van glosando el romance del rey moro: (Paseábase el rey moro).—Otros del mismo autor glosando muchas maneras de romances (los dos últimos versos de cada copla son principios de diferentes romances; citado en el índice que Durán da de los pliegos sueltos, I, pág. lxxiii, véase Disparates); además en el folio cxxiii, véase Glosa sobre el romance que dize: Con ravia está el rey David; folio cxxxiii, r. Glosa del mismo autor (Alonso de Armenta, como resulta evidente de la hoja volante que contiene la glosa; véase Durán, I, lxxvi, Pregunta), hecha por mandado de una donzella á cierta parte de un romance viejo que dize:

Veo vos crecida hija
 Y en edad para casar.
 La mayor pena que siento
 Es no tener que vos dar.
 Calledes padre, calledes
 No queredes dezir tal,
 Que quien buena hija tiene
 Hecho tiene el axuar.

(Es un fragmento del romance de Juan de Ribera, que empieza: «Paseábase el buen conde», impreso por Durán, I, pág. 174, número 317.)

relación que hay entre las diferentes ediciones del Cancionero general de 1511 á 1573, en el respecto de los romances que en ellos se incluyen.

Desde mediados del siglo xvi subió el interés que excitaban los romances tanto que aparecieron ya colecciones especiales de ellos que en un principio usurparon el título de Cancioneros y se llamaron por una *contradictio in adjecto*, Cancionero de Romances, acaso para poder introducirse en el público cortesano y galante y hacerse aceptar de él bajo la egida de un título que había llegado á ser tan corriente; hasta que finalmente pudieron presentarse sin temor alguno bajo su propio nombre, como *romanceros*.

Voy á indicar todas las colecciones de romances que conozco, sean generales ó refiéranse á una esfera particular; en orden cronológico, que es á la vez el pragmático, pues que con este se manifiesta tanto el modo cómo se originaron y la relación mutua que guardan entre sí, como la dirección y alteración del gusto de su público.

Mediante el tesoro extraordinariamente rico que de obras de esta como de las demás ramas de la literatura española posee la biblioteca imperial de Viena, he estado en disposición de poder describir hasta llegar á la autopsia la mayor parte, y he señalado estas piezas con una estrellita (*). El notable «Catálogo de los documentos, etc.» (tomo II, páginas 678-695) que acompaña á la última edición del Romancero de Durán, lo he aprovechado, como es natural, para completar y rectificar esta reseña, de modo que pueda ser la más completa relativamente (1).

(1) Se comprende desde luego que aquí sólo podemos tratar de las colecciones de romances que contienen romances populares propiamente dichos ó arreglos é imitaciones en tono popular, tal como se presentan aún mezclados en la mayor parte de las colecciones; y que, por lo tanto, los productos de poetas artísticos posteriores, que tan sólo á causa de la forma llevan nombre de romances, aun cuando existan colecciones especiales de ellos bajo este nombre, deben aquí ser pasados por alto.

1) «*Cancionero de romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que fasta agora sean [se han] compuesto.*» Debajo de esto hay en un marco circular el emblema del impresor, que ostenta un halcón que sobre la mar se disputa un pez con una garza ó una grulla; y á lo lejos una ciudad ó aldea. En seguida: *En Enveres, en casa de Martín Nucio.* La vuelta de la hoja del título está vacía. En la segunda hoja empieza el prólogo:

EL IMPRESOR



»He querido tomar el trabajo de juntar en este cancionero todos los romances que an venido a mi noticia: pareciéndome que qualquiera persona para su recreacion y pasatiempo holgaria de lo tener porque la diversidad de historias que ay en el dichas en metro y con mucha brevedad sera a todos agradable.

»Puede ser que falten aqui algunos (aunque muy pocos) de los romances viejos, los quales yo no puse, o porque no an venido a mi noticia, o porque no los halle tan cumplidos y perfectos como quisiera, y no niego que en los que aqui van impresos aura alguna falta, pero esta se deve imputar a los exemplares de adonde los saque que estauan muy corruptos: y ala flaqueza dela memoria de algunos que me los dictaron que no se podian acordar dellos perfectamente. Yo hize toda diligencia porque vuese las menos faltas que fuese posible y no me ha sido [aquí vuelve la página] poco trabajo juntarlos y enmendar y añadir algunos que estauan imperfectos. También quise que tviesen alguna orden y puse primero los que hablan de las cosas de Francia y de los doze pares, después los que cuentan historias castellanas y después los de troya, y

ultimamente los que tratan cosas de amores, pero esto no se pudo hazer tanto a punto (por ser la primera vez) que al fin no quedasse alguna mezcla de vnos con otros. Querría que todos se contentassen y lleuassen en cuenta mi buena voluntad y deligencia. El que assi no lo hiziere aya paciencia y perdoneme que yo no pude mas.

»Vale.»

Sigue la *Tabla* en tres hojas no paginadas (1); después el texto en 275 hojas foliadas, en 12. En la hoja 272 es donde termina propiamente el texto, siguiendo esta nota: «Porque en este pliego quedauan algunas páginas blancas y no hallamos Romances para ellas pusimos lo que se sigue» esto es «Otro romance a manera de porque» que empieza: «Por estas cosas siguientes».

Esta es la primera edición, sin año (designada ordinariamente con el nombre de «*Canc. de rom.*» *sin año*), pero sin duda anterior á 1550, de la colección de romances más antigua conocida hasta hoy (2), de la cual sólo se han hallado dos ejemplares, uno en la biblioteca del Arsenal de París y el otro en la biblioteca ducal de Wolfenbüttel en Brunswick. (Debo la precedente descripción, hecha según este último ejemplar, á la bondad del señor profesor Conrado Hofmann.)

De este Cancionero de romances apareció en el mismo

(1) El romance «Aunque me falta osadia» citado en la tabla no se halla en el texto, así como aquella no da la hoja en que debería hallarse. Tampoco tienen este romance las ediciones posteriores del *Cancionero* ni la *Silva* igualmente citada.

(2) Durán (l. c., pág. 649) hace notar á este propósito que uno de sus amigos vió y usó una edición de este Cancionero, de Zaragoza, sin fecha, que considera como más antigua que esta de Amberes, pero esto debe proceder de una confusión con la primera edición de la *Silva* de que hablaré en seguida.

lugar y por el mismo impresor en 1550 una nueva edición, probablemente la segunda. Diferénciase de la otra por una añadidura al título: «Nuevamente corregido emendado y añadido en muchas partes». En el prólogo del «Impressor» falta el pasaje: «por ser la primera vez», siendo por lo demás idéntico al de la edición descrita ya; el texto ocupa 300 hojas en 12 y la pieza complementaria: «a manera de porque» está suprimida, así como el pasaje que la justifica, por haber desaparecido el motivo que allí se aducía para insertar aquella pieza, ó sea la falta de romances para llenar las hojas, puesto que lo nuevamente añadido ocupa 25 hojas más. Fuera de esto, diferénciase esta nueva edición de la primera en que, por lo común, tiene letras iniciales mayores para los nombres propios, y puntuación, aunque muy desparramada.

La relación entre estas dos ediciones con respecto á las adiciones y supresiones en los detalles se halla expuesta con exactitud en el apéndice á mi Memoria sobre la colección de Praga (páginas 151-152).

Casi meras reimpressiones de esta edición de 1550 son las posteriores: * Amberes, «en casa de Philippo Nucio», 1554 (que posee la biblioteca imperial de Viena; en el catálogo de Nodier se menciona una de 1555, en casa de Martín Nucio del mismo número de hojas y tamaño: no será nada más que una alteración de la hoja del título?); la misma «en casa de Philippo Nucio», 1568, 1573 y 1576; además de Lisboa «por Manuel de Lyra» 1581, y Barcelona, 1587 y 1626, todas en 12.º

Del prólogo de Martín Nucio á la primera edición se deduce ya que arregló por primera vez (*por ser la primera vez*) una colección de romances propiamente tal, á lo cual le indujo, sin duda alguna, como á librero que era, la exigencia del público. Dirigió, empero, su atención tan sólo ó por lo menos preferentemente, á los «romances viejos», que narraban «historias con mucha brevedad» lo

cual era á todos agradable («será á todos agradable»), reuniéndolos con mucho trabajo, ya de hojas volantes (ejemplares) (1) ya de la tradición oral («de algunos que me los dictaron»), y teniéndolos que «enmendar y añadir», porque ambas fuentes se los habían proporcionado incorrectos é incompletos. Esto caracteriza ya suficientemente esta colección y el gusto del público para el cual fué preparada. Contiene de hecho los más antiguos romances que han llegado hasta nosotros, en su mayor parte en tono popular, ó en arreglos populares de los juglares, sin que se conozca la mano del editor que ha mejorado y completado la obra, más que á las veces en la modernización de la lengua. Ha procurado además, como dice, introducir «alguna orden», poniendo los primeros los romances del ciclo de leyendas de Carlomagno y sus pares, y haciendo que les sigan los de la historia tradicional de España: después aquellos que tratan asuntos de la antigüedad según la tradición medioeval, y finalmente romances de amor. Este orden, sin embargo, como lo observa él mismo, no podía observarse «tanto á punto», por ser la primera vez que se emprendía tal colección, que no tuviera que quedar para el final «alguna mezcla de otros de diferentes clases». Este apéndice, sobre todo en la edición segunda y las posteriores, consta de romances de diferentes géneros, en que se hallan mezclados con los romances glosados y parodiados (*contrahechos*) de poetas artísticos cuyo nombre se declara, en su mayor parte sacados del Cancionero general (2), algunos que tienen por asunto sucesos de la historia coetánea (del siglo xvi), cerrándose la colección con un par de ellos que tratan asuntos bíblicos (del rey David). Es, en todo caso, un indicio, de la legi-

(1) Véase en la «Primavera y Flor de rom., t. 1, pág. 57, los ejemplos que se dan de esto.

(2) Así v. gr. tres romances de Bartolomé de Torres Naharro y hasta uno portugués de Bernardim Ribeiro.

timidad, carácter popular y antigüedad de un romance el que se presente en esta colección.

2) «*Silva de varios romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que hasta agora se han compuesto: hay al fin algunas canciones y coplas graciosas y sentidas, Zaragoza, Estevan G. de Nájera, 1550.*» 2 tomos, en 24, letra gótica, con grabados en madera. He dado una extensa descripción de él en mi Memoria acerca de la colección de Praga. (Apéndice, páginas 135 á 148; siguiendo uno de los dos ejemplares que se conocen, el del Museo Británico. El otro se halla en la Biblioteca real y del Estado de Munich.)

Como esta primera edición de la *Silva* y las dos primeras del Cancionero de romances aparecieron casi al mismo tiempo, sus prólogos se repiten casi literalmente, y el contenido concuerda de tal modo que nos vemos obligados á suponer que la una colección es, por lo menos en gran parte, reimpresión de la otra. Esto ha hecho que hasta los tiempos más recientes se hayan dividido las opiniones acerca de la respectiva prioridad y originalidad de estas dos obras, debiendo yo confesar que me he visto precisado á cambiar repetidas veces mis opiniones sobre este punto.

Pero desde que el señor profesor Conrado Hofmann ha emprendido, á ruegos míos, una comparación crítica de ambas colecciones, comparación cuidadosísima, que ha llegado hasta el más menudo detalle, no puede haber duda alguna acerca de este particular. Voy á contentarme con petir aquí las pruebas que ya di en la introducción á la re-«Primavera y flor de romances» (páginas LX-LXVII) (1) justificadas con numerosos ejemplos en la crítica del texto

(1) Son tan contundentes estas pruebas, que el docto y perspicaz Gargallo, que antes se había pronunciado en favor de la opinión de Ticknor que juzga anterior y original la *Silva*, ahora (en el 4.º tomo de la traducción española, pág. 405), se ha expresado en favor de mi punto de vista.

de cada romance según se halla en cada colección, reproduciendo los resultados que allí obtuvo nuestra investigación acerca de la relación de la edición del Cancionero de romances con la primera edición de la Silva (l. c., páginas LIX-LX):

1.º La edición sin año ó sea la primera del Cancionero de romances no puede ser reimpresión parcial de la Silva; debió preceder por lo tanto á la edición de 1550 y á la de la Silva del mismo año, y así, según toda probabilidad, haber sido impresa algún tiempo antes de 1550. Es, no sólo la más antigua edición conocida hasta hoy del Cancionero de romances, y la base de todas las posteriores, sino además, en parte, el original reimpresso en la Silva.

2.º La edición de 1550 de la primera parte de la Silva y la de 1550 del Cancionero de romances, aunque ambas son en parte reimpresión de la edición sin año del Cancionero de romances, aparecieron independientemente una de otra, con alteraciones en el orden de los romances, con supresiones y añadiduras, que son peculiares á cada una de ellas y tan significativas que caracterizan su mutua independencia.

3.º Las ediciones del Cancionero de romances, fechadas posteriormente, no son otra cosa más que reimpressiones de la de 1550, con insignificantes alteraciones (la mayor parte consistentes en la ortografía ó en hacer más corrientes las palabras modificando los arcaísmos) y aun estas han dejado sin aprovechar las correcciones esenciales de la Silva (sea por un texto original mejor, sea por notables conjeturas) de los pasajes manifiestamente estropeados ó mutilados.

De la primera parte de la Silva aparecieron dos reimpressiones, llamándose las dos: «Segunda impresión» y editadas ambas en Barcelona. La una, antes completamente desconocida y cuyo único ejemplar se halló hace poco en Alemania, pero fué vendido desgraciadamente al Museo

británico (1), lleva la fecha de 1550 y al final: «Fué impresa La presente obra En la muy leal ciudad de Barcelona, por Pedro Borin.» La otra,—de la que se halla un ejemplar en la biblioteca ducal de Wolfenbüttel—es del año 1557, y el impresor se llama: Jaume ó Jayme Cortey. Concuerdan ambas tan exactamente hasta en las erratas y faltas de foliatura, que la descripción detallada que he dado de la impresión de 1557 (en las reseñas de las sesiones de la clase filosófico-histórica de la Real Academia de Ciencias, tomo x, pág. 484 y siguientes, y publicada por separado bajo el título de *Zur Bibliographie der Romaneros*, (Wien, 1853, 8), sirve para la de 1550, que he comparado con tanta exactitud. El resultado de la comparación de estas reimpressiones ó segundas ediciones de la Silva es que de hecho ha reproducido su primera parte con pequeñas alteraciones en el texto, aunque separándose algo en el orden y con algunas supresiones y añadiduras propias de ella (agora nuevamente añadido y enmendado aquí en Barcelona algunos romances, etc., como se dice en el nuevo Prólogo de la impresión de Barcelona).

Diferenciáanse esencialmente de todas las ediciones posteriores de la Silva, en que, como se anuncia en el título contienen sólo «escogidos los mejores romances de los tres libros de la Silva». De esta tercera parte mencionada aquí, en la primera edición de la Silva, no se ha hallado hasta hoy ejemplar alguno (2). Sólo se propone presentar una selección de las precedentes ediciones, y aun esto tan sólo de las dos partes hasta hoy conocidas de la primera, conteniendo junto con esto algo de otras colecciones más moder-

(1) En la hoja inicial de este ejemplar hay la siguiente indicación de su primer posesor: *J. v. Frunnsperg Kanff zu parcelona den 24 Septembris 1551*. (J. de Frunnsberg lo compró en Barcelona el 24 de Septiembre de 1551.)

(2) Ha sido descubierta posteriormente. Posee el único ejemplar conocido de ella el Marqués de Jerez de los Caballeros, en su biblioteca de Sevilla.—(M. M.)

nas con añadidos posteriores (véase sobre la colección de Praga, página 153).

Así es que en el título ya de la edición posterior de las que conocemos y que la sigue inmediatamente, es á saber, en la de Barcelona, en casa de Joan Cortey, 1578, en 12 se dice ya: «Silva de varios romances recopilados, y con diligencia escogidos de los mejores romances de los tres libros de la Silva,—y agora nueuamente añadidos cinco romances de la armada de la Liga, y quatro de la sentencia de D. Alvaro de Luna... y otros muchos.» Además, hay otras con adiciones semejantes, anunciadas ya en el título: * Barcelona, «en casa de Jayme Sendrat», 1582, en 12.º (sobre el título: «Véndense en Barcelona en casa de Geronym Genovés», 172 hojas, ejemplar de la biblioteca imperial de Viena. (Esta edición reproduce los romances escogidos de la primera, con correcciones). Además, tenemos las ediciones que aparecieron en el siglo xvii (1): Barcelona, 1602 (2); 1611 (Sebastián Cormellas); 1612 (Gabriel Graells); 1617 (Seb. Cormellas. En esta y en la de 1611 se nombra al editor Juan Tiarte, de quien se añaden algunos romances originales); 1638 (Sebastián y Jaume Matevad); 1645 (tirada de la anterior); * 1654 (*por* Antonio Lacavallería) (3); 1690 (*por* José Ca-

(1) Respecto á la colección que cita Brunet con este título: «Silva de var. rom. recopilados por Juan de Mendano, Granada, Hugo de Mena, 1588, segunda parte; en un volumen 12», si la cuento aquí es sólo para advertir que no tengo más noticia que ésta de ella. Tampoco Durán (s. v. Mendano) la conoce más que por el título.

(2) Esta edición posee Ticknor. Entre las ediciones sin título hay ésta: «El de la muerte del rey (Felipe II) y el despedimiento y embarcación de la infanta doña Isabel de la Paz, archiduquesa de Austria», 166 hojas, y además dos canciones y la tabla: contiene 58 romances en 18.

(3) En el título tenemos además de las añadiduras de la edición indicada en la nota anterior... «y los cuatro de D. Alvaro de Luna. Y tres Romances de la enfermedad y muerte del rey D. Felipe III», 165 hojas y una de *Tabla*. Al final dos canciones. Contiene 72 romances en 12. La posee la biblioteca imperial de Viena.

sarachs).—Zaragoza, 1604; * 1617 (Juan de Larumbe. Con *Licencia* de 1604, 166 hojas y 2. *Tabla*. En 12); 1673 (Herederos de Pedro Lanaja, 241 hojas).—Huesca, 1623.—Jaen, 1636; 1696.

* 3) *Romances nueuamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, compuesto por Lorenzo de Sepúlveda. Añadióse el Romance de la conquista de la ciudad de Africa en Berueria, en el año M. D. L. y otros diuersos, como por la Tabla parece. En Anuers, en casa de Juan Steelsio, 1551, en 12.º*—Hay una mera tirada de ella, en que se repite exactamente el mismo título de: «Anvers», en casa de Pedro Bellerio, 1580, en 12.º

Otra edición diferente, ya por supresiones, ya por significativas adiciones y por otra ordenación, apareció bajo el siguiente título: «*Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, por Lorenço de Sepúlveda, vezino de Sevilla. Van añadidos muchos nunca vistos, compuestos por un cauallero Cesario, cuyo nombre se guarda para mayores casos. En Anvers. En casa de Philippo Nucio, 1566, en 12.º*—La biblioteca imperial de Viena posee todas tres ediciones.

El «Prólogo del autor á un su amigo», en que se expresa Sepúlveda acerca de las fuentes, motivos y fin de su empresa, contiene el siguiente pasaje, digno de atención, respecto á la historia de las colecciones de romances: «Y si las hystorias gentiles y prophanas dan tan grande contentamiento á los lectores, con ser muchas de ellas ficciones y mentiras afeytadas, quanto mas sabor dará la obra presente, que no solamente es verdadera y sacada de hystoria la mas verdadera que yo pude hallar, mas va puesto en estilo lo que vuestra merced lee. Digo en metro castellano y en tono de romances viejos que es lo que agora se usa. Fueron sacados á la letra de la crónica que mandó recopilar el serenísimo señor rey D. Alonso, que por sus buenas letras y reales desseos y grande erudición en todo

género de scientia fué llamado el Sabio. Saqué las mejores materias que pude, y más sabrosas, para ponerlas en el estilo presente. Servirá para dos provechos. El uno para leerlas en este traslado, á falta del original de donde fueron sacados, que por ser grande volumen, los que poco tienen carecerán dél, por no tener para comprarlo. Y lo otro para aprovecharse los que cantarles quisieren, en lugar de otros muchos que yo he visto impressos harto mentirosos y de muy poco fruto. Fué mi principal intención sacar á luz tan varios acontecimientos por aver acontecido en nuestra España, y por ser de crónica tan aprovada como es la del dicho señor rey, etc.» A este Prólogo del autor se añade en la nueva edición corregida y aumentada de 1556, el del impresor Martin Nucio al benigno lector, en el cual da los siguientes datos, no menos interesantes para la historia de los Romanceros, acerca de su modo de proceder: «Como yo avia tomado los años pasados el trabajo de juntar todos los romances viejos (que avia podido hallar) en un libro pequeño y de poco precio (esto es, en el «Cancionero de romances» arriba citado; compárese con esto lo que se dice en el prólogo que á éste le puso Martín Nucio), con protesta- ción hecha en el prólogo dél, que yo avia hecho en él no lo que devia sino lo que podia, veo que he abierto camino a que otros hagan lo mesmo, porque aunque es cosa que fácilmente se pudo començar, no será posible poderse acabar, ni aun demediar, por ser las materias diferentes, y en que cada día se puede añadir, y componer otros de nuevo. Agora ha venido a mis manos un libro nueva- mente impresso en Sevilla (1), el qual me pareció impri-

(1) De esto y del prólogo de Sepúlveda se saca en claro que debía de haber una edición sevillana preparada por este mismo, más antigua que todas las impresiones antuerpienses citadas aquí, aunque no se halle en parte alguna dato acerca de ella. Pero Martín Nucio se apoderó, según parece, también de esta colección, como especial aficionado á los romances

mir por seguir el intento con que esto comencé, y trabajé que en él se pusiessen algunos romances no como estaban sino como deven, porque aviendo en él muchos que tratan de una mesma persona, no me pareció justo que estuvieran derramados por el libro como estaban, mas que se juntassen todos en uno, porque de esta manera la hystoria dellos será más clara y al lector será más aplasible, y tambien hize añadir otros muchos assi de cosas de la sagrada escritura como de historias de España, los quales van señalados en la tabla con esta señal *: el nombre del autor de los añadidos se calla porque se guarda para cosas mayores que conformen con su persona y hábito, etc.»

Vemos, pues, que esta colección nos ofrece una clase totalmente diversa de romances (diferentes de aquellos de las dos precedentes colecciones), cuyo inventor parece ser Lorenzo de Sepúlveda (á quien no hay que confundir con su contemporáneo el famoso historiógrafo de Carlos V, Juan Ginés de Sepúlveda); puesto que compuso estos romances con la intención expresa de suplantar á aquellos otros «antiguos mentirosos» que gozaban del favor del público, y los compuso en el tono de los antiguos roman-

y más aún como librero especulador que sabía utilizar el gusto de la época. El que hubiera aprovechado en su reimpresión aquella desconocida edición original sevillana, es cosa que se deduce de que todas aquellas piezas citadas en el título y en la «Tabla» como adiciones («añadióse») faltan á la edición antuerpiense de 1551. Estas son aparte de los largos romances nombrados en el título, las siguientes piezas: el pasaje de la «Crónica general» que contiene la paráfrasis en prosa del poema plañidero de un moro con motivo de estar Valencia oprimida por el Cid (v. sobre esto: Malo de Molina «Rodrigo el Campeador» páginas 146 sig., Apéndice xxii y además el romance «Apretada está Valencia» en el Cancionero de romances); el romance: Del saco de Roma—«A los Alpes y altas sierras» en quintillas; y cuatro romances amatorios (entre ellos el antiguo: «La bella malmaridada.») El señor Du-Méril en la *Rev. germ.*, pág. 210, ha citado una edición de la colección de Sepúlveda «desconocida» de todos los bibliógrafos y en posesión del conde Alberto de Circourt; pero después de enterarse mejor, se ha visto que no hay tal edición de la colección de Sepúlveda, sino que es una del «Romancero del Cid» de Escobar.

ces porque éste era el más usado. Su fuente no es la leyenda popular, no la tradición oral, sino la verdadera historia, tal como la halló en la crónica comprobada, que fué escrita por mandado de Alfonso el Sabio, de la cual escogió los pasajes más atractivos y los arregló al estilo entonces muy corriente de romance, para que hasta las personas de pocos medios, que no podían comprar esta costosa obra, tuvieran un sumario de ella, y cantaran estos romances en vez de aquellos otros inútiles y fabulosos. El buen hombre, sin darse cuenta de ello, ha tenido algunos rasgos felices, devolviendo á los cantos populares lo que de ellos había salido; pues las partes más atractivas precisamente de la «Crónica general» reposan en leyendas del pueblo, y llevan en su composición y su tono huellas tan evidentes de su forma anterior como cantos populares, que no se necesitaba más que un impulso muy pequeño para volver á restablecer los romances. Así es que esta colección contiene muchos romances con base legítima, si bien la mayor parte no es de hecho otra cosa más que una crónica dispuesta en forma de romances, apareciendo efectivamente los productos de Sepúlveda en su poética incapacidad junto á los buenos «romances viejos» que debían suplantar, como las más escuetas y prosaicas historias.

Martín Nucio, que, como él mismo dice, algunos años antes había abierto el camino de las colecciones de romances con su «Cancionero de romances», y se había tomado el trabajo de juntar todos los viejos en un libro pequeño y de poco precio, se gloria, en su reimpresión de la colección de Sepúlveda, de haber coordinado los romances que trataban del mismo asunto, y haberlos aumentado con algunos (21) compuestos por un «caballero imperial.»

Sin embargo, tampoco se observa aquí ni un estricto orden cronológico, ni se hallan agrupados siempre todos los romances referentes á la misma persona (verbigra-

cia, folio 18 v.º hasta el 31 v.º, hay algunos romances de Bernardo del Carpio, y de nuevo se hallan dos acerca de él en los folios 144 á 147); y la mayor parte de los nuevamente añadidos están hechos con el mismo espíritu de los productos de Sepúlveda. Fuera de los romances cuyo asunto está tomado de las crónicas españolas (1), hállanse algunos sobre asuntos de la antigüedad clásica ó bíblicos y uno alegórico («Ficción», Fol. 265 v.º)

4) *Quarenta cantos, de diversas y peregrinas historias, declarados y moralizados por el magnífico caballero Alonso de Fuentes: Sevilla, Dominico de Robertis, á cuatro días del mes de Abril 1550, en 4.º Nueva edición, con la siguiente añadidura al título: Agora nuevamente corregido y emendado y con licencia impresso: Granada, Antonio de Nebrija, 1563, 8.º — Zaragoza, Juan Emilianos. 1564, 4.º * Libro de los quarenta cantos que compuso un cauallero llamado Alonso de Fuentes, natural de la ciudad de Sevilla, diuididos en quatro partes. La primera es de Hystorias de Christianos. Con las cosas que acaecieron en la conquista de Málaga y Granada... Agora nueuamente, etc. Alcalá, en casa de Juan Gracián, que sea en gloria, 1587, 8.* (Las tres primeras ediciones en Brunet; la última en posesión de la biblioteca imperial de Viena; en las adiciones de Blankenburg á Sulzer se menciona una edición de Burgos, 1579, en 12.º, que debe de ser un extracto de estas dos, que son mayores, pero que acaso pertenezca al número 5.)

Al final la «Epístola dirigida por el autor á un cierto

(1) Uno de los romances que aquí ocurren, «De la duquesa de Loreina», y que empieza: «En la ciudad de Toledo», se presenta redactado exactamente igual en el «Cancionero de romances» y en la «Silva», y trata, sin más que alterar el nombre y algunas circunstancias accesorias, la misma leyenda, como aquel que está también en la «Silva»: «Del conde de Barcelona», que empieza: «En el tiempo que reinaba»; tomadas ambas versiones de las crónicas catalanas.

señor que le embió estos cantos, para que se los declarasen: el qual murió antes que se acabasse esta obra;» en el qual se nos presenta el siguiente pasaje, muy digno de ser tenido en cuenta á nuestro propósito: «Resta agora por el autor destes cantos satisfacer a algunos, que son mas amigos del consonante con saya y capa que les hinchá los oydos, que no del proposito de la hystoria, que no dexarán de poner objectos en ellos: diziendo que fueren mejor compostura, segun el hilo de sus consonantes limados ó travados (y algunos segun vuestra señoria apuntá lo hayan dicho). Y a estos digo que el intento deste autor fue querer mostrar estas hystorias con el origen desto cantos viejos: y que toda aquella cosa que se contrahaze y assimula a otra será mas perfecta, quanto mas se llegare o pareciere a aquella de quien se saca. Y assi imitando estos cantos a los de nuestros antiguos, aquella rusticidad de vocablos y consonantes mal dotados: les da la autoridad y lexis: que les quitaran los consonantes travados ó limados (1).»

(1) Se consideraban, pues, ya en este tiempo los asonantes tan sólo como rima imperfecta (consonantes mal dotados) por oposición á los más artísticos y afinados (consonantes travados ó limados, con saya y capa) que es lo que en realidad eran, y esta imperfección así como la «rusticidad de vocablos» eran imitadas con toda diligencia de los romances viejos, para dar así autoridad y semejanza (lexos) á estas imitaciones. En esta misma «Epístola», en que para justificar la empresa del autor se procura mostrar la necesidad y utilidad de la poesía y del canto, se cita en apoyo de ello cómo el mismo rey Alfonso el Sabio, cuando fué vencido y expulsado por su hijo, y se vió abandonado de los grandes de su reino, procuró consolarse con el canto é «hizo un canto ó romance», que nos comunica el autor, sin nombrar la fuente de donde lo sacó y que voy á poner aquí; pues aun cuando sea lo mas probable que no proceda de Alfonso el Sabio, es, sin embargo, antiguo y notable á causa de la asonancia alterada, ó más bien consonancia imperfecta:

Yo sali de la mi tierra
para yr a Dios servir,
y perdí lo que avia
desde Mayo hasta Abril,

Esta colección caracteriza suficientemente por su título, tanto su forma como su contenido, incluyendo, como la de Sepúlveda, depurados, y como lo dice expresamente el autor en la «Epístola», rehechos los romances «viejos»,

todo el reyno de Castilla
 hasta alla a Guadalquivir,
 los obispos y perlados
 cuyde que metien paz
 entre mi et el mio hijo
 como en su decreto jaz,
 estos dexaron aquesto
 y metieron mal assaz;
 non a escuro mas a voces
 bien como el añafl faz,
 fallecieronme parientes
 y amigos que yo avia
 con averes y con cuerpos
 y con su cavalleria,
 ayudeme Jesu Christo
 y su madre sancta Maria
 que yo a ellos me encomiendo
 de noche y tambien de dia,
 no he mas a quien lo diga
 ni a quien me querellar
 pues los amigos que avia
no me osan ayudar,
que por miedo de don Sancho
desamparadome han;
 pues Dios no me desampare
 quando por mi a embiar,
 ya yo oy otras vezes
 de otro rey asi contar
 que con desamparo que uvo
 se metio en alta mar
 a se morir en las ondas
 o las venturas buscar:
 Apolonio fue aqueste,
e yo hare otro que tal.



La fuente de este romance es la famosa carta de Alfonso X á Pérez de Guzmán (véase Dozy, l. c., I., pág. 638; Ticknor, I., pág. 33), con la que tiene de común muchos pasajes casi literalmente reproducidos. Compárese también el romance que trata del mismo asunto en las adiciones á Sepúlveda: «El viejo rey Don Alfonso» (edic. de 1566), en que se presentan también los lamentos de este rey (Estas trovas fué á trovar), pero con el cual sólo los versos que van en bastardilla concuerdan casi literamente (véase la (Primavera y Flor de romances» números 62 y 63). El rey «Apolonio» citado en ambos romances es Apolonio de Tiro, tan celebrado en las leyendas medioevales.

diferenciándose, y no con ventaja, de la de aquel en que los diez últimos romances de la última, la parte dedicada á «Historias de Cristianos», es decir, de españoles, carecen de tono fundamental legendario y de todo colorido popular. Además sigue aquí á cada romance una larga «declamación» histórico-arqueológica, llena de pedantesca erudición y una extensa «moralidad» en prosa. Pero los Romanceros de Fuentes y Sepúlveda prueban que en aquel tiempo había progresado ya tanto en el favor del público, aún en el del culto, la poesía romancesca, y se había puesto tan de moda, que si antes los poetas artísticos, cortesanos tan sólo de cuando en cuando, habían condescendido á utilizar los romances para sus bagatelas líricas, empezaban ya los agremiados doctos á revestir sus escarceos pedantescos con forma de romances. Por tales eruditos, que no partían ya de intención poética, sino que tenían ante la vista sólo un fin didáctico, no podía ser imitada de aquellos antiguos y legítimos romances populares más que la forma meramente externa, que, como es tan popular, puede ser manejada fácilmente por cualquier español que domine algo su lengua, hasta tal punto, que cuesta poco mayor esfuerzo que la prosa, pero que si pierde su colorido nacional en la materia y popular en el tono, como en los romances de Fuentes, decae hasta el más pedestre prosaísmo.

* 5) *Cancionero de Romances sacados de las Coronicas antiguas de España con otros hechos por Sepúlveda. Y algunos sacados de los quarenta cantos que compuso Alonso de Fuentes. Impresa (sic) en la noble villa de Medina del Campo, por Francisco del Canto. Año 1570, en 16.º* El título, con escritura latina, el resto con gótica. Las cuatro primeras hojas contienen además del título la licencia para que se imprima (fecha en Madrid á 29 de Abril de 1569 y á 27 de Febrero de 1570), y la «Tabla»; sigue después el texto con signatura Av hasta R*, y la nu-

meración de las hojas v hasta ccii; en el frente de la última hoja se repiten el lugar y el año de la impresión. Contiene 120 romances.

El ejemplar que de él posee la biblioteca imperial de Viena es acaso el único que se conserva; por lo menos antes no se hallaba en ninguna parte ni siquiera noticia de la existencia de este «Cancionero de romances», que no hay que confundir porque tengan el mismo principio de título con el citado de Martín Nucio bajo el número 1. En realidad, es más notable como rareza bibliográfica que por su contenido, puesto que casi todos los romances que le forman se hallan también en otras colecciones; es, á saber: fuera de las dos indicadas en su título, la de Sepúlveda (la mayor parte de éste) y la de Fuentes, en el «Cancionero de romances» de Martín Nucio, en la «Silva» (habiendo utilizado de ambas colecciones el texto de la primera edición) y en las «Rosas» de Juan de Timoneda que hemos de citar pronto. Es de observar, sin embargo, que este Cancionero contiene un par de romances propios de él, tradicionales y casi nada líricos; pero fuera de aquellos que se refieren á la historia legendaria de España, muchos que tienen por objeto la antigüedad clásica y algunos la historia moderna, como ya se muestra por la añadidura al título: «sacados de las corónicas antiguas de España», esta colección procuraba tomar romances que pasaran por autoridad histórica. De aquí que ya en ella, así como en las sucesivas colecciones los romances caballescicos, propiamente épicos, no se aceptan. La comparación de éste con el ejemplar de la colección de la biblioteca de Wolfenbüttel, que lleva por título: «*Recopilación de Romances viejos, sacados de las Crónicas Españolas, Romanas y Troyanas. Agora nueuamente: por Lorenço de Sepulveda Alcalá, en casa de Francisco de Cormellas y Pedro de Robles, 1563. A costa de Luis Gutierrez, en 12.º, 196 hojas y 3 hojas. Tabla con 119 romances*»; esta

comparación ha puesto en claro que deben considerarse las dos como tiradas con título cambiado de una misma colección, y que, por lo tanto, la Recopilación de ningún modo se ha de contar, como se cree erróneamente, entre las ediciones de la colección de Sepúlveda, sino que es más bien la más antigua conocida hasta hoy de ésta de que estamos tratando (1).

Después ha adquirido la biblioteca de Berlín el ejemplar de una edición algo posterior con el mismo título que el ejemplar de la edición que se halla en la biblioteca imperial de Viena, pero impreso en Alcalá de Henares, en casa de Sebastián Martínez, y fuera de la Puerta de los Mártires, año de 1571, en 2.º, 199 hojas. La tabla concuerda del todo con la edición de Medina del Campo (los dos dan sólo el principio de 115 romances.) Al final se repite la fecha.

A ésta—y no á la colección de Sepúlveda—pertenece la citada por Nic. Antonio (*Bibl. hisp. nova*, s. v. *Laurentius Sepulveda*), bajo el título que sigue, aunque no la conoce más que por esta cita: «*Romances sacados de la historia de España del rey D. Alonso*. Medina del Campo, Francisco del Canto, 1562 (el lugar de impresión y oficina los mismos que los de la edición de 1570). También son de este lugar la que se indica en el «*Semanario pintoresco*», año 1853, pág. 149, como existente en biblioteca de la Universidad de Santiago: «*Cancionero de Sepúlveda*», 1520 (*sic*); y «*Cancionero de Sepúlveda*», Sevilla, 1584, citado en el catálogo manuscrito de la biblioteca de El Escorial (de que posee una copia la biblioteca imperial de Viena, Cod. ms. núm. 9.478.)

6) «*Cancionero llamado Flor de enamorados*», sacado

(1) La noticia dada en el *British Bibliographical Repository* de una edición de la *Recopilación* del año 1553, del mismo lugar y por el mismo librero, descansa en una errata ó mala lectura, 1553 en vez de 1563, como ya lo ha observado Brunet.

de diversos autores, agora nuevamente por muy lindo orden y estilo, copilado por Juan de Linares, Barcelona, 1573, al final: *Estampat en Barcelona, en casa de Pedro Malo. Véndese en casa de la Compañía*, en 12.º—Ediciones posteriores: Barcelona, *en casa de Sebastián de Cormellas, al Call*, 1608, 8 oblongo, (en el Catálogo de Nodier); Barcelona, 1645, 1647, 1681; todos en 12.º

Esta colección lleva en realidad, con más derecho que las precedentes, el título de «Cancionero», pues forman la mayor parte de ella poesías puramente líricas, como canciones, endechas, villancicos, lamentaciones, coplas y fruslerías amatorias ó jocosas, Preguntas y Respuestas, motes, chistes, muchas de las cuales se hallan en dialecto catalán; indicando ya la añadidura de «sacado de diversos autores» que muchas de estas poesías proceden de poetas artísticos. Hasta la docena y media de romances que encontramos en él contiene «Romances muy sentidos de amores», como lo dice ya la rúbrica, bajo la cual están reunidos la mayor parte. Algunos se hallan ya en el «Cancionero de romances» y en la «Silva»; pero la mayor parte son propios de esta colección y de las «Rosas», de Juan de Timoneda, lo cual se explica fácilmente porque ambas colecciones fueron, no sólo coetáneas, sino engendradas en lugares próximos (Barcelona y Valencia). Entre éstos hay un par de romances distinguidos por su antigüedad y popularidad, v. gr., el único pero muy notable romance del Cid de esta colección: «Ese buen Diego Lainez»; el «Del duque de Berganza: Lunes se decía lunes», etc.

* 7) a. «*Rosa de amores. Primera parte de Romances de Joan de Timoneda, que tratan diuersos y muchos casos de amores. Dirigidos al discreto Lector. Impressos con Licencia. Año 1573. Véndense en casa de Joan Timoneda.*» Al final: *Fue impresa esta primera parte de Romances en la insigne ciudad de Valencia. En casa de*

Joan Nauarro. Año de 1573, 70 hojas foliadas y 2 hojas Tabla, está así como las tres partes próximas en 12.º con letra gótica.

b. «*Rosa Española. Segunda parte de Romances, de Joan Timoneda, que tratan de Hystorias de España. Dirigidos al prudente Lector. Impressos con Licencia. Año 1573. Vendense en casa de Joan Timoneda,*» 95 hojas foliadas.

c. «*Rosa Gentil. Tercera parte de Romances de Joan Timoneda, que tratan hystorias Romanas y Troyanas. Dirigidos al curioso Lector. Impressos con Licencia. Año 1573. Véndense en casa de Joan Timoneda. Al final: Imprimióse en Valencia, en casa de Joan Nauarro, 1571.*» 71 hojas.

d. *Rosa Real. Cuarta parte de Romances de Joan Timoneda, que tratan de casos señalados de Reyes y otras personas que han tenido cargos importantes: assi como Príncipes, Visorreyes y Arzobispos. Impressos con Licencia. Año 1573. Véndense en casa de Joan Timoneda. Al final: Imprimióse esta quarta y última parte de Rosa de Romances en Valencia, en casa de Joan Nauarro. Año 1573,*» 83 hojas y 1 hoja. Tabla.

De estas cuatro partes de la colección de romances de conocido librero y poeta valenciano Juan de Timoneda, se halla un ejemplar encuadernado en un tomo con cuatro pequeños «Cancioneros» en la Biblioteca imperial de Viena, el cual parece ser *unicum*, puesto que ningún bibliógrafo menciona esta edición, ni aun ha sido conocida la existencia de esta obra de Timoneda por los más diligentes biógrafos de éste, Rodríguez, Ximeno, Fuster, autores de la «Biblioteca valenciana» (1). Estas colecciones

(1) Sin embargo, el Sr. D. Benito Maestre en la «Revista literaria» de *El Español*, año 1845, pág. 16, ha hecho mención de una colección semejante de Timoneda, que puede ser la primera edición de la «Rosa de amores». El ejemplar se hallaba en la biblioteca del famoso D. Gregorio

Se romances se distinguen, empero, no simplemente por su gran rareza bibliográfica, sino también por su importancia literaria; puesto que contienen un no insignificante número de romances, entre ellos muchos indudablemente antiguos y populares, que no se hallan en ninguna de las colecciones anteriores ó posteriores. Esto me movió á editar como apéndice á todos los Romanceros (*Rosa de rom.*, Leipzig, 1846), los romances propios de esta colección que fueran de valor poético ó literario (1). Remitiendo á mi edición al lector que quiera una caracterización y estimación de estas colecciones que llegue hasta los detalles, voy tan sólo á hacer notar, en general, que ésta de Timoneda lleva el carácter mixto de los Romanceros del siglo xvii, conteniendo junto á muchos romances legítimos hechos no sólo por Timoneda mismo, sino también muchos de Sepúlveda y Alonso de Fuentes, otros muchos puramente líricos y algunos mitológico-alegóricos y romances pastoriles, y en la última parte se contienen casi meras relaciones sobre sucesos contemporáneos en forma de romance; lo único que no se halla aquí es el género de romances amatorios pseudo-moriscos (moriscos), pero sí muchos históricos que se refieren á combates con los moros («fronterizos») (2). Finalmente, por lo que se refiere á las

Mayans y Siscar, le faltaba la hoja del título, pero al final se decía: «Fué impresa esta primera parte llamada Sarsó de Amor, en la insigne ciudad de Valencia, en casa de Juan Navarro: 1561, 12.º»

(1) Para certificarme de la importancia de mi hallazgo, me he dirigido á muchos doctos españoles, recibiendo de ellos la noticia de que allí ni se ha encontrado ejemplar alguno de estos Romanceros ni en biblioteca pública ni en las más ricas colecciones privadas de esa clase (como verbi-gracia, la de Durán), ni aun se conocía su existencia.

(2) El mayor de estos romances moriscos, que, aunque tenga un fundamento legítimo legendario, forma, sin embargo, á causa de su revestimiento novelesco, una especie de transición á los *moriscos*, el famoso de la «hermosa Jarifa» (en la «Rosa de amores», reimpresso en mi «Rosa de romances», paginas 96 á 107), apareció, según Fuster («Biblioteca Valenciana», tomo 1, pág. 162) por separado, como hoja volante: «Historia del

relaciones de esta colección con las anteriormente citadas tiene muchos romances comunes con los de aquéllas, pero aun éstos, con tales desviaciones ordinariamente que pueden asegurarse que Timoneda rara vez los reprodujo inmediatamente de aquéllas, sino que en su mayoría los escribió de memoria ó los sacó de la tradición oral. Las producciones propias de Timoneda no se distinguen por gran fuerza poética, pero hay que imputarles más bien demasiada sobriedad y sequedad, que hinchazón, sentimentalismo o amaneramiento. Mas hay que hacer notar que los romances históricos procedentes de Timoneda tienen más bien tono de crónica que épico, sin ser todavía, como muchos de este género compuestos en el siglo xvii, lirico-descriptivos.

8) Echeguiar (Fr. Raymundo de), *El héroe chrissiano y la vitoria más dura, Trofeos de Don Juan d' Austria. Romances. Milán, por Simón Tini, 1578, en 8.º*—Como sólo conozco de esta colección el título, debo limitarme á la sospecha de que contiene, según toda probabilidad, los romances que se hallan dispersos en la «Silva» y en la «Rosa real» de Timoneda y en otros lugares y que se referían á las heroicidades de Don Juan de Austria, romances que llevan el carácter de aquellos de los últimos decenios del siglo xvi, que son secas y escuetas noticias de gaceta en forma de romance, adornadas con algunas frases pomposas.

enamorado moro Abindarraes», compuesta por Juan de Timoneda. Impresa en Valladolid, en la imprenta de Alonso del Riego, impresor de la Inquisición sin año, 4.—En seguida van otros romances, el uno del «Rey Chico de Granada» y el otro de «Fíleno». Durán (II, núm. 1.094) ha publicado este romance, que en su texto tiene algunas variantes con el de la Rosa y diferente entrada que éste, tomándolo de esa ó de otra semejante hoja volante.—En el periódico «El Bibliotecario», núm. 1, pág. 4, se halla la «Historia del moro enamorado», del capitán Narváez, alcaide de Ronda. Traducción de un código escrito en español con caracteres árabes.—Véase Ticknor, II, páginas 240 y 735, y las adiciones de los traductores españoles en la edición de Madrid, tomo III, páginas 547-548.

9) *Romancero historiado, con mucha variedad de glosas y sonetos y al fin una floresta pastoril; hecho y recopilado por Lucas Rodríguez. Alcalá, por Hernán Ramírez, 1579 (según Durán le hay también de 1581), en 2.º; 2.ª ed. Alcalá, en casa de Querino Gerardo, 1582, en 12.º con grabados en madera. Durán cita además la siguiente edición que él posee: Romancero, etc... y cartas pastoriles hecho y recopilado por L. R. escriptor de la universidad de Alcalá de Henares. La misma, «Hernán Ramírez, 1585, en 8.º Dice respecto á ella que las dos terceras partes del libro las llenan romances de todos géneros, pero aunque hechos en el anteúltimo decenio del siglo xvi y artísticos, están, sin embargo, en el tono de los antiguos más que los compuestos en el último decenio del mismo siglo. Muchos de ellos han pasado á las «Flores» y al «Romancero general».*

10) Padilla (Pedro de), *«Romancero en el qual se contienen algunos sucesos que en la Jornada de Flandes los Españoles hizieron, con otras historias y poesías diferentes, Madrid, por Franc. Sánchez, 1583, en 8.º Como tampoco conozco este libro sino por referencias, no puedo decidir si contiene simplemente un puro producto artístico del poeta Padilla (muerto después de 1599), célebre en su tiempo (1), aunque parece que éstos pertenecen, en todo caso, á la precitada clase de los históricos (2).*

* 11) *Guerras civiles de Granada, por Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia. Parte primera y segunda. (3).*

(1) Véase acerca de él á Navarrete «Vida de Cervantes», pág. 396 402.

(2) Menos aún que el «Romancero» de Padilla y su «Tesoro de varias poesías» (Madrid, 1587), debemos tomar aquí en cuenta el «Coro Febeo de romances historiales» (Sevilla, 1588. 8), de Cueva, mero producto artístico, que contiene en su mayor parte romances que tienen por objeto asuntos de la historia de la antigüedad clásica y de mitología.

(3) Según Durán, la primera edición de la primera parte apareció en Alcalá 1588, 8; y la segunda parte apareció por vez primera, probablemente, en 1604 ó 1610 (fecha la «Aprobación» el día 10 de Abril). De la primera

Este libro es uno de los más conocidos de la literatura española; pero ha tenido la suerte de que devorado en un tiempo con ansia por el público y menospreciado por los doctos, después de largo abandono ha vuelto á ser elevado al lugar que merece por los literatos y reimpresso por historiadores á causa de su valor. La primera parte es especial, la más leída y casi la sola que ha llegado á ser conocida fuera de España, ha sido tenida hasta tiempos recientes por algunos como una novela histórica, con fundamento auténtico y en que se respetan las costumbres, mientras otros han rechazado como mera ficción, no sólo su desarrollo, manifiestamente novelesco y romántico, sino todos los hechos que sólo en ella se presenten y no

parte existen muchas ediciones (v. Durán l. c. pág. 688, s. v. Pérez; la Biblioteca imperial de Viena posee las siguientes: Barcelona, 1610; Lisboa, 1616; Madrid, 1631; la misma de 1652; Valencia, 1659; París, 1660; Madrid, 1662 y 1674; Valencia, 1681). De la segunda parte hay tan pocas que ha llegado á ser una rareza. (Durán cita de ella la edición de Barcelona, por Esteban Liberós, á costa de Miguel Manescal 1619, 8; como la más antigua que ha llegado á su conocimiento. La Biblioteca imperial de Viena posee dos antiguas ediciones, ambas de Cuenca, por Domingo de la Iglesia. 1619 y 1626; en las dos se halla, lo mismo que en la mencionada por Durán, la «Aprobación» del Dr. Molina de 10 de Abril de 1610, en la cual, aunque manifiestamente se refiere á toda la obra, ocurre, sin embargo el siguiente algo enigmático pasaje: «He visto el libro de las Guerras civiles de Granada, y de las batallas particulares que hubo en la Vega entre Moros y Christianos, y de la rebelión de la dicha Ciudad y Reyno el qual libro tiene tres (?) partes y en los originales que se me entregaron, la primera y tercera parte están escritas de mano, la primera en 559 hojas, y la tercera en 466 y la *segunda* parte impressa en Alcalá de Henares, por Juan Gracian, año de 1604, etc.» La edición de 1619 contiene, probablemente de 1610, la dedicatoria del impresor Andrés Miguel á Alonso del Pozo Palomino, y tres sonetos dirigidos á Miguel en que se le alaba por haber dado á la prensa por fin esta segunda parte, pues se dice en uno de estos sonetos que: «En el centro de olvido sepultada. Estuvo un siglo la segunda parte de las guerras civiles de Granada.» Hita dice, sin embargo, á la conclusión de su obra que la acabó y puso en limpio el 22 de Noviembre de 1597.) De las dos partes han aparecido buenas impresiones modernas. Madrid, imprenta de León Amarita, 1833, 8, y en la «Biblioteca de autores españoles», tomo III.

estén certificado en otra parte, toda invocación á fuentes árabes especiales, y sobre todo el contenido principal de esta parte, las guerras civiles de los Abencerrajes y Zegríes (1).

Y, sin embargo, me parece que lo que dice el mismo Hita en su libro acerca de su persona y de sus fuentes, da, confrontado con las circunstancias del tiempo, la medida exacta para su estimación. Hita, natural probablemente de Mula, en la provincia de Murcia (v. parte I de la edición de Madrid de 1833, pág. 385: otros caballeros naturales de la villa de Mula, llamados Pérez de Hita) peleó contra los rebeldes moriscos en las Alpujarras á las órdenes del Marqués de los Vélez (de 1568 á 1570), y se distinguió, no sólo por su humanidad hacia los moros en esta guerra conducida con toda crueldad y furor (parte II, pág. 127), sino que demuestra en todas partes, á pesar de su patriotismo y la ortodoxia de su fe, gran predilección por aquellos desgraciados.

Hablan en favor de su cultura muchos pasajes en que hace alusiones á la historia de la antigüedad clásica y á la mitología, ó cita á los cronistas españoles, y parece haber escrito además de éste otro libro (parte II, pág. 540) (2). ¿Qué cosa más natural, por lo tanto, que el que un soldado erudito emprendiera realzar los sucesos en que tomaron un

(1) Quien caracteriza perfectamente la obra de Hita en el respecto histórico es el conde Alberto de Circourt en su *Histoire des Mores Mudéjares et des Morisques, ou des Arabes, d'Espagne sous la domination des Chrétiens*. Paris, 1846, 8, tomo III, páginas 345-348.

(2) Los traductores españoles de Ticknor citan (en sus adiciones á la edición de Madrid, tomo III, pág. 547) una obra de él, que parece ser semejante en contenido y forma á la de que tratamos, es á saber: «Guerras de Troya» de la cual han visto un ejemplar manuscrito (1).—Aribau, el editor en la «Bibl. de aut. esp.» (pág. xxxv), ha hecho con referencia al pasaje precitado la observación de que el autor en que nos ocupamos debió de haber escrito otra obra.

(1) Existe hoy en la Biblioteca Nacional, y es un largo poem. a verso suelta. (M. P.)

interés tan elevado él y sus compañeros? Al mismo tiempo poseyó comunicaciones manuscritas ó tradicionales de fuentes arábicas acerca de las discordias intestinas en el reino granadino poco antes de su conquista por los Reyes Católicos, sobre lo cual no se halla nada en los cronistas cristianos (1); siendo, pues, igualmente natural que decidiera poner mano en éstas como introducción á sus propias memorias. En el tiempo, empero, en que empezó á escribir este libro habían sido forzados los moriscos á trasladarse á la Mancha y á Castilla (2); muchos de ellos se hicieron

(1) Es conocida la declaración que se halla ya en el título de la antigua impresión de la primera parte y que se repite al final de la misma (parte I, pág. 412 á 413), que esta parte contiene la traducción de un «moro cronista»; pero es más verosímil que la fuente propiamente arábica haya sido la compatriota y pariente del autor, Esperanza de Hita (natural de la villa de Mula), citada en aquel pasaje y antes de él, muy á menudo (por primera vez cuando aconsejó á la sultana acusada de perjurio el que solicitara caballeros cristianos para su defensa, pág. 304 á 305). Esta Esperanza de Hita sirvió siete años como esclava á la sultana de Granada, llegó á ser su confidente, y volvió en seguida de la conquista de Granada á los suyos, pudiendo haberse conservado sus relatos por escrito ú oralmente en la familia, tanto más cuanto que el autor la cita juntamente con los pretendidos cronistas moros, sobre todo como testigos para la historia de las discordias intestinas de Granada y la acusación y defensa de la sultana (véase el pasaje de la pág. 380), circunstancias que fueron tenidas en secreto y no llegaron á conocimiento del cronista de los Reyes Católicos Hernando del Pulgar. Esos sucesos son precisamente los que forman el contenido principal de su libro, y al paso que los da él mismo por una traducción del arábigo, por otra parte invoca también á menudo á los cronistas españoles. Que, por lo demás, esto no es, como se cree, una mera ficción y que en realidad se sirvió el autor de fuentes arábicas lo ha demostrado D. Pascual de Gayangos en su *History of the Mohammedan Dynasties in Spain*. London, 1483, 4, vol. II, páginas 370 y 541.

(2) Lo empezó á escribir, cuando menos, después de 1571, pues que en este año salió por primera vez á luz la Crónica de Esteban de Garibay y Zamalloa, á quien cita en su primer capítulo. Es notable la franqueza con que al final de la segunda parte se expresa acerca de aquel cruel traslado de los moros, sobre todo si se piensa que este pasaje fué escrito en tiempos ya de Felipe II: «Finalmente los moriscos fueron sacados de sus tierras; fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido de ellos».

bautizar y entraron en relaciones de familia con españoles cristianos, resultando que mediante esta pacífica vida en común, no sólo se familiarizaron estos con las costumbres y tradiciones moras, más íntimamente que lo habían estado antes durante el comercio y trato más guerreros, sino que llegó á ponerse de moda entre los poetas y cortesanos de Madrid el celebrar sus propias galanterías y fiestas bajo disfraces moriscos, de tal modo, que ya entonces junto á los romances histórico-tradicionales de las guerras con los moros, se fueron difundiendo y siendo más gustados cada vez los romances amatorios hechos por poetas eruditos bajo nombres moros y costumbres que pretendían ser moriscas. Con una mezcla de alegría de triunfador y generosa atención hacia el valiente enemigo vestíanse los españoles, después de aniquilado el espíritu del islamismo, en sus brillantes envolturas y ardientes colores; jugaban, después que la espada del profeta se había roto, con las elegantes cañas y las ignominiosas armas de sus caballerosos adversarios; después que tantos moros habían tenido que aceptar nombres cristianos, dábanse éstos nombres moros en honra de Gazul y Tarfe, suspiraban por Zaida y Lindaraja, y rompían lanzas, si bien en juegos poéticos, por las damas de su corazón en la Vivarambla, para obtener en el baile de la zambra la recompensa de un apretón de hermosas manos. Solamente que no deben tenerse estos disfraces, que, como todas las cosas,

Su Majestad y todos sus reinos.» Contrasta con esto tanto por su fanática intolerancia como por su falta de toda poesía el escrito volante, compuesto asimismo en romances, acerca de la total expulsión de los moriscos bajo el reinado de Felipe III: *Relación verdadera de las causas que Su Majestad a hecho averiguar, para hechar los moriscos de España, y los bandos que se publicaron en el Reyno de Andalucía, por el Marqués de San Germán, y de los moros que quia en Sevilla para levantarse. Comp. por el licenciado Antonio de Salinas.* » Impr., en Valladolid, 1610, 4, 4 hojas, 4 romances. Compárense los romances compuestos con el mismo espíritu que se hallan en Durán, II, 190, procedentes también de unas hojas volantes.

llegaron á tomar un carácter exagerado, por vestidura históricamente fieles (1). Hita estaba, no sólo atacado de la manía romancesca de su tiempo, sino que era además poeta (fuera de los romances lo prueban muchas poesías líricas evidentemente compuestas por él, y entretajidas en su relato, discursos poéticos y el mismo tono general de su obra) y escribió su libro, tanto para entretenimiento, como para instrucción. Este, por lo tanto, merced á tales circunstancias personales, materiales y temporales, es natural que debiera tener el carácter y colorido que lleva en sí, es á saber, el de unas memorias ataviadas poéticamente, un término medio entre la histórica novelesca y la novela histórica, perteneciente tanto al dominio de la historia como al de la poesía, pero que, si se le mira sólo por un lado, hay que juzgarle parcial y torcido, mientras que para estimarlo justamente y poder aprovechar todo su valer, se debe siempre comprenderlo en su totalidad, tanto respecto á su origen como á su construcción y detalles. En todo caso, en el juicio que se pronuncie acerca de su peculiar carácter se deben diferenciar críticamente sus di-

(1) El que no fuera Hita autor ó inventor de estos romances pseudo-moriscos, como muchos lo han creído, es cosa que lo prueba el que se presenten muchos de aquellos, ya inalterados, ya con pequeñas divergencias, en las primeras partes del «Romancero general», que aparecieron antes ó al mismo tiempo que su libro; así, por ejemplo los romances: «Galiana está en Toledo»;—«Dí, Zaida de qué me avisas»;—«Afuera, afuera, afuera»;—«Énsíllenme el potro rucio»;—«Ocho á ocho, diez á diez»;—«Estando toda la corte»;—«Por la plaza de San Lucar»;—«Sale la estrella de Vénus». Téngase en cuenta ahora, por una parte, que estas primeras partes del Romancero general aparecieron impresas separadamente entre 1585 y 1595, y que hacia el mismo tiempo salió á luz la primera parte del libro de Hita; y por otra parte, que ya las colecciones números 7 y 8, impresas en el año 1573, que nacieron en Barcelona y Valencia, donde siempre se había comerciado más á menudo con los moros, no contienen todavía ninguno de semejantes romances pseudo-moriscos, y se podrá poner con suficiente certeza el origen y difusión de esta moda en los años 1575 á 1585, señalando á Castilla, y en especial á Madrid, como su cuna.

versos elementos. Así se nos muestra ante todo una significativa diferencia entre la primera y la segunda parte; pues la primera narra solamente cosas ya pasadas, sea de noticias escritas, sea de tradición oral, y teniendo aquí la fantasía libre juego, podía dominar el elemento poético, y así, por la aptitud del autor para la poesía, por la naturaleza poética de la materia, por el legendario colorido de las fuentes y por aquella monomanía reinante ya en tiempo de su composición, de tal modo ha dominado esta primera parte, que en cuanto se olvidó el carácter histórico y el plan de todo el libro, se pudo considerar fácilmente esta parte como pura ficción, que es lo que sucedió efectivamente. También la segunda parte ha sido despreciada casi totalmente por los historiadores y sin embargo, es una importante fuente histórica auténtica para la historia de la rebelión de los moriscos bajo Felipe II; el autor cuenta, ya lo que él mismo pasó, ya lo que le comunicaron testigos oculares (como los capítulos xx y xxi que encierran la descripción del sitio y toma de Gale-
ra, que le comunicó el Alférez Pérez de Hevia), siendo, por lo tanto, estas memorias por las muchas particularidades que sólo en ellas se hallan y más aún por el colorido legítimo y vivo, un precioso monumento aun para el historiador que más estrictamente compruebe sus asertos, el cual puede fácilmente separar aquí de la verdad la añadidura poética. Mas precisamente porque en esta parte predomina tanto el elemento histórico, la importancia de los sucesos estrechamente enlazados con el presente y la seriedad de lo que vió el autor mismo, han rebajado tanto la fantasía, que ha sido juzgada y aceptada del público que busca mero entretenimiento y de los literatos con menos favor que la primera, que aun en este respecto le ha arrebatado la merecida estimación, pues á pesar de toda ulterior diferencia participa esta parte con aquella otra que propiamente no es más que una especie de in-

roducción á ella, de la intención artística y de la comprensión poética (1).

He procurado caracterizar circunstanciadamente esta obra de Hita, porque, á pesar de su renombre, todavía, según mi parecer, no ha sido estimada en ninguna parte por todos sus lados ni ha sido puesta en claro desde el punto de vista genético; y porque era cosa imprescindible para mi fin determinar el valor y la relación de los romances en ella contenidos. Según que Hita haya seguido aquí la tradición, el gusto de moda ó su propia vocación poética son los numerosos romances adjuntos á su obra, ya genuinamente populares, ya compuestos por poetas artísticos de su tiempo en el tono pseudo-morisco en moda entonces ya finalmente compuestos por él mismo. Así, la primera parte, en la que, como ya se ha observado, predominan la historia legendaria y el elemento poético y que fué escrita bajo la influencia de aquella galante monomanía, contiene romances de las dos primeras clases, los cuales, aun cuando Hita mismo no los designara expresamente («hizo aquel viejo ó antiguo romance»; y por el contrario «no faltó otro poeta que compusiese otro romance» ó «un poeta que hizo otro nuevo», etc.), ó aun cuando á la mayor parte de los tradicionales no los hubiera documentado como tales, bastaría, sin embargo, el hecho de aparecer en colecciones más antiguas (2) para que se mostraran

(1) Así es que el estilo en los pasajes narrativos de la segunda parte es mucho más fresco y pintoresco, y sin embargo más sencillo é ingenuo; así también la historia del morisco Tuzani (capítulos xxii y xxiv) aunque no inventada, está tan llena de poético interés, que sólo necesitó un poeta como Calderón para hacer de ella una notable pieza dramática «Amar después de la muerte», y así aún entre las poesías, lo más débil de esta parte, hay todavía un par de ellas muy aceptables (como por ejemplo la hermosa canción morisca: «Muy tarde viniste, Zaide», pág. 31.)

(2) Cuán escrupuloso es Hita en la indicación de sus fuentes lo prueba el que los romances que van señalados á continuación, y que él designa con los nombres de «viejo» y «antiguo», en realidad ocurren en las más an-

á la vista algo ejercitada diferentes de los de la tercera clase por la materia, el tono, el color y el estilo. Los tradicionales se parecen en todos estos respectos á los restantes romances populares de la historia legendaria de España y pertenecen con estos á una misma clase; los

tiguas colecciones. Son los siguientes: «Abenámar, Abenámar» en el «Cancionero de romances, de 1550» más completo con el principio: «Por Guadalquivir arriba». «Ay Dios qué buen caballero», aquí sólo los diez versos de entrada, todo él en la «Rosa española» de Timoneda; al cual le llama Hita: «Famoso romance». «La mañana de San Juan», un fragmento del cual en la «Silva» (la edición de 1566 de los romances de Sepúlveda, y la «Rosa española» de Timoneda tienen un romance totalmente histórico que sólo tiene de común con éste las cuatro primeras cuartetas, pues las restantes narran la toma de Antequera por el rey Fernando y la venganza que por ella tomó el rey de Granada en los cristianos de Alcalá la Real; v. sobre esto «Primavera y Flor» núm. 75; un romance morisco, que sólo tiene de común con éste el verso del principio, está en el «Romancero general»), «De Granada sale el moro» la versión más antigua con importantes divergencias y otra conclusión en la «Silva» de 1550, tomo II, y en la «Rosa española» de Timoneda (v. «Primavera», núm. 90). «Muy revuelto anda Jaén», al cual observa Hita: «Aqueste romance se compuso en memoria de esta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte... El otro romance dice así: «Ya repican en Andújar», etc. El primer romance procede de Hita mismo, ó por lo menos ha sido grandemente interpolado por él, por amor á su Abencerrage; pero el último es un fragmento aunque muy mutilado de aquel famoso romance viejo acerca del obispo de Jaén, D. Gonzalo de Zúñiga, del cual se han conservado muchas versiones, ya en todo, ya fragmentarias, con el principio: «Día era de San Antón»; v. Primavera, número 82; en Ortiz y Zúñiga «Discurso genealógico de los Ortizes de Sevilla», Cádiz, 1670, 4. folios 89 á 90, el cual dice respecto á él: «Lo hallo yo diverso en un Romancero, que se imprimió en Sevilla el año de 1573 de que ya cité otro romance (á saber, en el folio 15 uno de Doña Blanca, la infeliz esposa de Pedro el Cruel, en que se le acusa su adulterio con el «Maestre»; v. Primavera, núm. 67 y 67 a; pero en ninguno de los Romances conocidos hasta hoy ajusta la anterior indicación del lugar y el año de impresión; así, pues, un Romancero, por lo menos en lo que yo sé, todavía desconocido). El romance acerca de la pérdida de Alhama, que ha llegado á ser tan famoso: «Paseábase el rey moro», v. Primavera, números 85 y 85 a; «Moro alcaide, moro alcaide», en la misma colección, números 84 y 84 a; finalmente el no menos famoso romance sobre la muerte de D. Alonso de Aguilar y de Sayavedra: «Río verde, río verde» de que da Hita dos versiones; véase Primavera, números 96, 96 a y 96 b.

galantes pseudo-moriscos, por el contrario, ó no tienen fundamento alguno histórico ó por lo menos es este inco- nocible, llevan ya el color de la galanteria cristiano-ca- balleresca del siglo xvi; denúncianse por su tono ya sen- timental y superabundante, ya conceptístico y amanera- do, como productos cortesanos, aun cuando no denotaran suficientemente su principio más artístico por la florida dic- ción llena de comparaciones, descripciones detalladas y alu- siones mitológicas, el estilo elegante, la versificación fluida y la asonancia mantenida con más exactitud, diferenciándo- se esencialmente de aquellos salidos todavía puramente de los populares (1). Caben en una misma clase, no con és- tos sino con los moriscos del Romancero general, los ro- mances al estilo de los de la juventud de Góngora y de Lope de Vega. Tiene, sin embargo, cada una de estas cla- ses de romances de la primera parte, mérito poético tan grande, aunque de tan diverso género, que por eso han quedado totalmente oscurecidos los contenidos en la se- gunda, debiendo ésta sobre todo á esta circunstancia el disfavor, por otra parte inmerecido, del público y aun el olvido de los doctos. Los romances de la segunda parte fueron compuestos casi todos por Hita mismo (2), que te-

(1) ¿Quién no distingue á primera vista los romances citados en la precedente nota de los de Zaida y Zaide aun cuando Hita no observara que compuso un poeta; de los de Sarracino y Galiana, los de Gazul, que contienen tales anacronismos, que Hita se vió obligado, á la más artística exégesis para hacerlos nada más que plausibles, v. páginas 423 y sig. Ya en el famoso romance: «Sale la estrella de Venus» se vió obligado á con- fesar que el que le compuso no entendió la historia y del que empieza: «Adornado de preseas», dice él mismo en la pág. 430: «Este romance dicho, y su principio va fuera del blanco de la historia, y ahora, salvo paz de su autor, va enmendado, declarando fielmente la historia»; etc.)

(2) Así es que los romances de esta parte están enlazados con la narra- ción en prosa mediante el verso final, que pide ser continuado. El mismo designa como no suyos tan sólo los romances: «Después de aquella victo- ria» (pág 209: «un romance que hizo un servidor de S. E.»), el Marqués de los Vélez, si es que no se refiere á sí mismo); y «Mastredajes marineros»

nía ciertamente mucho sentido poético, pero muy poco talento de poeta, y que creía deber agregar también á esta parte romances para, (como dice ingenuamente) «no quebrar el estilo de la parte primera»; pues según su intento, debían considerarse ambas partes como un solo todo. Estos romances no son en realidad otra cosa que repetición versificada de la narración en prosa, completamente dentro del estilo de las crónicas rimadas, y no mejores, pero tampoco peores, que las relaciones de ese género sobre sucesos contemporáneos hechas por Sepúlveda, Alonso de Fuentes, Timoneda y otros. En una palabra, el elemento histórico predominante en la segunda parte ha paralizado las pequeñas fuerzas poéticas del autor limitado ahora á su propio caudal.

Poco tiempo antes, y á la vez que aparecía esta obra de Hita en el último decenio del siglo XVI, se puso en moda el hacer romances; no ya simplemente los doctos los escribían siguiendo las crónicas, pero en el estilo de los viejos populares, para sustituir estos fabulosos y según su opinión dañosos, por otros históricos y certificados. Los poetas artísticos no se contentaban ya con tomar los romances del pueblo para temas de sus glosas ó parodias ó con componer canciones amorosas sentimentales y galantes en el estilo de la lírica artística cortesana de los trovadores, pero en forma de romance, sino que empezaron á inventar á porfía géneros de romances nuevos, sea en el tono y el modo de tratarlos, refundiendo artísticamente los conocidos legendarios ó históricos, sacando á primer término los elementos retóricos y lírico-sentimentales, ó haciendo lo principal de lo descriptivo y las situaciones, y refinando así lo técnico y formal; sea en los

(pág. 469: «que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro». ¿Sería acaso tradicional este romance? v. Primavera, núm. 97). Véanse las notables observaciones de Durán acerca de los romances de la segunda parte, l. c., II, pág. 163.

asuntos mismos, inventando y aprovechando materiales novelescos ó exponiéndose y describiendo en el traje y carácter de una fingida objetividad sus propios hechos y los afectos de su corazón (como en los moriscos, pastoriles y picarescos); en una palabra, la forma de los romances volvió á convertirse por segunda vez en popular en el más elevado sentido ó nacional, sólo que fué empleada con el espíritu del principio artístico para tendencias objetivas y para todos los objetos posibles, reales ó fingidos, para los que le hacía tan á propósito precisamente su gran elasticidad.

Y también estos romances artísticos se dieron á conocer primeramente en hojas volantes ó en colecciones pequeñas que aparecían en cuadernos ó por entregas; y en realidad convenía á una forma tan popular una manera tan popular también de publicación, medio el más seguro de que se difundieran lo más rápida y más extensamente posible (1).

En la colección de hojas volantes con romances de esta clase, de la Ambrosiana de Milán, citada en la «Primavera» (i. páginas LXXXVII-XC) hemos hallado documentado este hecho tan interesante para la historia de las colecciones de romances y en particular para la colección del «Romancero general». Los romances aparecieron entre 1589 y 1594, en Valencia, en casa de los libreros Juan Navarro (que publicó ya las *Rosas* de Timoneda), Alvaro Franco, Gabriel Rivas, Miguel Borrás, Francisco Navarro y Juan Bautista Timoneda, en *cuadernos* ó *pliegos*, no excediendo el número de romances en cada cuaderno ó

(1) De estos romances hay también colecciones manuscritas. Las cita Ochoa (Catálogo, etc., páginas 530-531) y Durán (II, página 695) el último entre otras: «Romances nuevos. Cód. con fecha de 1592, en 4.º, cuya primera mitad es una colección de romances manuscritos que precedió á las primeras impresiones publicadas con el título de *Flores*, y que después fueron partes del *Romancero general*.»

pliego de nueve. Son artísticos (1), la mayor parte aceptados en las «Flores» y en el «Romancero general», un par de ellos de poetas conocidos (como de Salinas: Que olas de congoja;—Miguel Sánchez: Oyd, señor don Gayferos;—Góngora: Servía en Orán el Rey); algunos son moriscos ó ya derivados de *epopeyas italianas*; finalmente, hay entre ellos un número relativamente grande de romances jocosos y burlescos, de tal modo, que estos cuadernos ó pliegos pueden ser considerados con toda propiedad como los precursores de las «Flores» y del «Romancero general», y en todo caso, como ya por sus títulos se jactan de serlo, como el mejor medio para la difusión de las especies de romances recientemente halladas y que iban poniéndose en moda; los «más modernos que hasta hoy se han cantado».

Inmediatamente después de estos cuadernos y pliegos se forjaron las algo mayores colecciones de romances de la misma clase, que por partes fueron poco á poco apareciendo por primera vez en Valencia, bajo el título de:

12 a) *Flor de varios romances nuevos y canciones... recopilados por Andrés de Villalta, natural de Valencia.* La primera edición de esta primera parte debe de haber aparecido ya después de 1588, puesto que las primeras partes (1591), editadas más tarde por el mismo Villalta juntamente con Felipe Mey, tienen la licencia de 1588 (también Durán la cita, poniéndola antes de 1589, aunque sin haberla él visto).

Flor de var. rom... agora nueuamente recopilados por el Bachiller Pedro de Moncayo, natural de Berja (2).

(1) El señor profesor José Müller, á quien debo la noticia y descripción de esta colección, que hasta hoy ha permanecido ignorada, me ha comunicado, por ruegos que le he hecho, un par de romances históricos (como el Rey y señor don Alfonso;—Toledo, ciudad famosa;—Quien vió al conde Pero Anzules); pero también éstos son artísticos en el estilo del «Romancero general».

(2) Los traductores españoles de Ticknor (tomo iv, pág. 405 de la edi-

Huesca, Juan Perez de Baldivieso, 1589, en 12.º, 134 hojas (en Brunet se menciona una edición de la primera parte, de Perpiñán, 1591, en 12.º).

b) Elor de var. rom... 1.ª y 2.ª parte, ahora nuevamente recopilados y puestos en orden por Andrés de Villalta, natural de Valencia. Añadióse ahora nuevamente la 3.ª parte por Felipe Mey. Valencia, Miguel de Prados, 1591, en 12.º, 225 hojas. La licencia, como ya se ha dicho, del año 1588 (Durán).

Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. Madrid, Gómez de Aragón, 1593, en 12.º La 1.ª y 2.ª parte 128 hojas; la 3.ª con nueva foliación 129 hojas (en el Museo Británico).

** Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. Agora nuevamente recopilados, puestos por su orden y añadidos muchos romances que se han cantado despues de la primera impresión. Y corregidos por el Bachiller Pedro Moncayo, natural de Borja (sic). Madrid, por la viuda de P. Madrigal, 1595. A costa de Miguel Martínez. La licencia, de Madrid 5 de Noviembre de 1594, está dirigida á Gaspar de Buendía, librero, en 12.º, 4 hojas. Tabla y 240 hojas (lo posee la Biblioteca imperial de Viena) (1).*

Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. Alcalá de Henares, 1595 en 12.º (Brunet).

ción de Madrid) hacen notar respecto á éste: «el cronista Pedro de Moncayo, natural, á lo que creemos de Borja de Aragón, y no de Berja como comúnmente se lee escrito».

(1) Durán cita también una edición nada más que de las primeras dos partes, hecha por Pedro de Moncayo, pero como al ejemplar que él vió le faltaba la hoja del título, le ha colocado inmediatamente después de la edición de la primera parte, de Huesca, 1589, por cálculo aproximativo. La tengo por perteneciente á la precitada, porque, como ya se ve por su título, Moncayo puso como fundamento de su reimpresión «corregida y aumentada» la original de Valencia. De la 2.ª parte no hay ninguna edición valenciana conocida anterior á la de 1591. Son de esta misma opinión los traductores españoles de Ticknor (tomo iv, pág. 405).

Flor de var. rom... 1.^a, 2.^a y 3.^a parte. Madrid, viuda de P. Madrigal, 1597, en 12.^o (Brunet).

c) *Quarta y quinta parte de Flor de rom. recopilados por Sebastián Vélez de Guevara, racionero de la colegial de Santander. Burgos, Alonso y Estevan Rodríguez, 1592, en 12.^o (Durán).*

Quarta y quinta parte de Flor de rom., recopilados por Sebastián Vélez de Guevara. Burgos, Felipe de Juan y Juan B. Valerio, 1594, en 12.^o, 191 hojas (Ambrosiana de Milán) (1).

d) *Quarta quinta y sexta parte de Flor de rom. nuevos, nunca hasta agora impressos, llamado Kamillete de Flores. Por Pedro Flores Librero. Y á su costa impresso. Y demás desto, va al cabo la tercera parte de el Araucana, en nueve romances, excepto la entrada de este Reyno de Portugal, que por ser tan notoria á todos no se pone. Con licencia y privilegio. En Lisboa, por Antonio Alva-
res, impressor. Año 1593. Véndese en casa de el mismo Flores, al Pelorinho Velho, 444 hojas en 12.^o (citado por Dozy, I, páginas 607-608 como existente en la biblioteca de Leiden). Este es el mismo Pedro Flores que cuidó de la edición del «Romancero general».*

e) *Sexta parte de Flor de rom. nuevos, recopilados de muchos autores, por Pedro Flores, librero. Imprimióse en Toledo, 1594, en 12.^o, 190 hojas (Ticknor) (2).*

(1) En Nic. Antonio (Bibl. hisp. nova, s. v. Sebastianus Vélez) se cita: «Romancero, 1.^a, 2.^a y 3.^a parte... recogido por Sebastián Vélez de Guevara, s. l. 1594, 8.

(2) Ticknor considera erróneamente esta como la primera edición; pero ha hecho notar que la licencia se refiere á las partes cuarta y quinta, y en el pasaje que cita del romance introductorio en alabanza de Flores, se alude al título de la precedente edición:

... de diversas flores
Un ramillete he juntado,
Las quales con grande afán
De extrañas partes buscaron.

A lo que responde Flores que eran los romances: «que andavan desca-

f) * *Séptima parte de Flor de rom. nuevos, recopilados de muchos autores por Francisco Enriquez. Madrid, viuda de Alonso Gómez, 1595, en 12.º* (lo posee la Biblioteca imperial de Viena): 8 hojas. Tabla, 168 hojas.

Séptima parte de Flor de rom. nuevos, recopilados por Francisco Enriquez; emendado y corregido de muchos yerros que en la primera impresión tenía. Toledo, Tomás de Guzmán, 1595, en 12.º (Bibl. Grenville).

g) *Septima y octava parte de Flor de var. rom. nuevos, recopilados de muchos autores. Alcalá de Henares, Juan Iniguez de Lequerica, 1597, en 12.º* Cada parte tiene su licencia especial, la de la 7.ª del 4 de Mayo de 1596, y la de la 8.ª del 30 de Septiembre de 1597, en la cual se da á esta el título de: Flores del Parnaso, 8.ª parte. Tienen, sin embargo, una sola hoja de título, aunque cada una con su foliación especial; 168 y 132 hojas (Ticknor).

Flores de Parnaso, 8.ª parte, recopilada por Luis de Medina. Toledo, Pedro Rodríguez, 1596, en 12.º (Biblioteca Grenville).

h) *Flor de var. rom. diferentes de todos los impressos, 9.ª parte. Marte, Juan Flamenco, 1597, en 12.º* Aprobación de 4 de Septiembre de 1597. Tasa de 22 de Marzo de 1596, licencia sin fecha, 144 hojas. (Ticknor y Biblioteca de Leiden) (1).

Estas nueve partes de la Flor, que fueron apareciendo

rriados», pero que él los da completos y no como los *ciegos*, que cuando han cantado la mitad, dicen que están cansados y dejan la otra mitad. Pero no puede tratarse de una recolección de boca del pueblo, como cree Ticknor, que ha desconocido en general el carácter de los romances contenidos en las *Flores*.

(1) Según la citada copia que del catálogo manuscrito de la Biblioteca del Escorial existe en la Biblioteca imperial de Viena: «Romancero hasta la parte nona. Tres tomos. Alcalá, 1591.» Sin indicación del tamaño, ni otra seña, de modo que no se puede sacar de ahí si es una colección de la novena parte de la Flor bajo un título fingido y quizá con la fecha de la primera parte, ó si efectivamente es una edición más antigua del «Romancero general».

una tras de otra—á lo más con algunas alteraciones en el orden, con algunas supresiones y añadiduras, pero en su totalidad formando una base sola—fueron reunidas y repetidas en una colección general, que llegó á ser el tan famoso:

13) *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impressos en las nueve partes de romanceros: aora nueuamente impresso, añadido y enmendado. Madrid, 1600, en 4.º* La licencia y tasa son del 16 de Diciembre de 1599 (según noticia de Ticknor, no contradicha por los traductores españoles, hállase un ejemplar en la Biblioteca nacional de Madrid. Los últimos dicen, sin dar más fundamentos (v. la precedente nota): «hay fundamento para creer se imprimió en 1599».—Durán no hace mención alguna ni de él, ni de la existencia de un ejemplar de Madrid; vió en su juventud uno de esta edición en la biblioteca del conde de Aguila en Sevilla).

* *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impressos en las nueve partes de romanceros. Aora nuevamente impresso, añadido y enmendado. Medina del Campo, por Juan Godinez de Millis. A costa de Pedro Ossete y Antonio Cuello, libreros de Valladolid, 1602, en 4.º* La licencia es de Valladolid á 14 de Julio de 1601, y se dice en ella de este romancero, con referencia á precedentes ediciones: «que otras vezes ha sido impresso». Entre las «Erratas» está la fecha: Valladolid, 22 de Diciembre de 1601, y la «Tassa» está fechada en 14 de Enero de 1602. Apareció de ella la tercera edición aumentada con *cuatro* secciones (13 partes): Ahora nuevamente añadido, y enmendado. Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco López, 1604, en 4.º La «Licencia» es de Madrid, de 6 de Febrero de 1601, las «Erratas» de Alcalá de 25 de Agosto, de 1604, y la «Tassa» de Valladolid, de 11 de Septiembre de 1604 (1).

(1) Aquí se halla la notable indicación del precio originario de este

Es una mera reimpresión de éste la que bajo la inspección de Pedro Flores se hizo en Madrid, 1614, por Juan de la Cuesta, á costa de Miguel Martínez, en 4.º La Biblioteca imperial de Viena posee las tres últimas ediciones, la primera de las cuales, sobre todo, es muy rara (mis citas se refieren á la última).

El impresor de la tercera edición, Francisco López, dice en el muy bien escrito prólogo «Al lector»: «En este volumen, o Lector, se contienen repartidos en treze partes, los romances que han sido oydos y aprovados generalmente en España. Y de aqui he cobrado animo para esponerlos a la mas rigurosa censura que es la de la leccion, pues agora escritos y desnudos del adorno de la musica por fuerça se han de valer por si solos, y de las fuerças de su virtud. Si fueres aficionado a la lengua española, aqui la hallarás acrecentada sin asperezas: antes con apazibilidad de estilo y tan mañosamente que no te ofenderá la novedad: porque como este genero de poesia (que casi corresponde a la Lyrica de los Griegos y Latinos) no lleva el cuydado de las imitaciones y adorno de los antiguos, tiene en ella el artificio y rigor rethorica poca parte y mucha e. movimiento del ingenio elevado, el qual no excluye al arte, sino que la excede, pues lo que la naturaleza acierta sin ella es lo perfeto. A este genero de versos se reduzen los romances que usan en España, assi los de ficciones amorosas, como los de sucessos verdaderos, etc.» (El prólogo es de Madrid, fechado á 30 de Septiembre de 1604.)

Dedúcense ya su carácter y su ordenación del hecho de que, como hemos visto, este Romancero general no es propiamente otra cosa sino una colección y una reimpresión nacida de *muchos Romanceros más pequeños* (de las partes aisladas de la «Flor»), que contenian los roman-

tan precioso libro: «Tiene este libro ciento y veinte y cinco pliegos que conforme á su tassa monta un ducado (!)».

ees más corrientes y gustados entonces, y que fueron aumentados con *nueve partes* á medida de la necesidad y de la provisión que de ellos había (1). Claro es que en tales condiciones tenía que ser aquel *Romancero* sumamente abigarrado; está completamente falto de plan, y la única regla fué el gusto de los *aficionados* y el favor del acaso en la conservación de los romances «que han sido oídos y aprobados generalmente». Así es que se hallan en cada división en la más abigarrada mescolanza, junto á pocos romances con base tradicional muchos completamente modernos y subjetivos; junto á algunos históricos (2)

(1) Así, la parte 13.^a apenas es más que una reimpresión de la «*Segunda parte*» del «*Manojuelo de Romances* de Gabriel Laso de la Vega», cuya segunda sección había aparecido un año antes, en 1603, en Zaragoza, en casa de Juan de Bonilla, en 8.^o La primera parte del *Manojuelo* era de 1601, de Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas, en 16.^o Todavía con más anterioridad había editado Laso de la Vega una colección de sus romances bajo el título de: «*Primera parte del Romancero y tragedias de Gabriel Laso de la Vega, criado del Rey nuestro Señor, natural de Madrid. Alcalá de Henares, Juan Gracián, que en gloria sea, á costa de Juan de Montoya, 1587, en 8.^o*, muchas de cuyas piezas fueron reimpresas, aunque sin nombre del autor, en la 12.^a parte del «*Romancero general*». Véase el trabajo de D. Bartolomé Gallardo acerca «del asonante», etc., en la *Antología española*, núm. 3, Marzo de 1848, pág. 106, por el cual se completan y rectifican las noticias que da Durán (l. c. s. v., Laso de la Vega) y los traductores españoles de Ticknor (en la edición de Madrid, tomo III, pág. 535). Gallardo dice en este trabajo (pág. 100), que lo tenía preparado para darlo á la prensa, pero que perdió el manuscrito cuando tuvo que huir de Sevilla el 13 de Junio de 1823: «Un Romancero y un Cancionero, con sendas disertaciones sobre este género de composiciones en España: ¡á las cuales servían de comprobantes diez ó doce Cancioneros, y sobre treinta Romanceros impresos, con más de cuatro mil romances manuscritos, entre medianos, malos, peores y buenos!» Se podrá medir la extensión de la pérdida si se sabe que Gallardo era uno de los críticos más perspicaces y uno de los más celosos bibliómanos de España.

(2) Entre los romances históricos, hállanse también aquí muchos sobre sucesos enteramente contemporáneos, como, por ejemplo, Décima parte, fol. 365 vuelto: «Romance á la entrada del Rey D. Felipe III en la ciudad de Zaragoza y reyno de Aragón, el año de 1599.» A los pocos romances propios de esta colección que tengan base tradicional, pertenecen los de los Comendadores de Córdoba (Octava parte, folios 263 á 270; son de

una multitud de amatorios y pastoriles, junto á un excesivo número de moriscos algunos satíricos contra esta monomanía. Que la ya citada moda á la morisca había alcanzado su punto culminante, se prueba con este romancero, que es el más rico almacén de este género de romances. En conjunto, el *Romancero general*, con toda su riqueza, no ofrece muy poco botín para la poesía romancesca propiamente popular; hasta los romances legendarios y caballerescos propios de él, son más bien una especie de variaciones, como las que hacían los poetas eruditos sobre los más antiguos temas populares ó sobre episodios de las novelas caballerescas y los poemas italianos, dándose á conocer por los afectados arcaísmos (1).

Este *Romancero* es notabilísimo porque, comparado con las colecciones anteriores, conserva la más patente imagen de cómo desde mediados del siglo xvi hasta principios del xvii la poesía romancesca desde la esfera del pueblo, en que se mantenía, halló cada vez más entrada en las más elevadas, llegó á ponerse de moda y fué cultivada por los poetas eruditos; ganó en perfección técnica, es cierto, pero alejándose más cada día de su antigua sencillez, naturalidad

Juan Rufo, y están en sus Seiscientas apothegmas. Toledo, 1596, en 8.^o al final) y los de Galcerán de Pinos (13.^a parte, fol. 483). Contiene también una «novela» (9.^a parte, fol. 344) en redondillas, que tiene por asunto el conocido relato de Lafontaine: *Le cocu battu et content*.

(1) Un ejemplo que valdrá por muchos. Es conocido el antiguo romance popular del «Cancionero de romances» y de la «Silva», el de D. Gaiferos, que empieza: «Asentado está Gaiferos.» Se narra en él cómo Melisendra, la esposa de D. Gaiferos, prisionera de los moros en Sansueña, contempla ansiosa desde su torre el camino que conduce á Francia, ve que pasa por él un caballero y le llama, suplicándole diga á su perezoso marido que no olvide libertarla, entretenido en sus juegos é intrigas amorosas con otras. Muéstrase entonces que aquel caballero es el mismo Gaiferos. El elemento lírico en esta situación, lo retórico de los lamentos de Melisendra, satisfacían de tal modo á los posteriores poetas artísticos, que tomaron esta parte del romance viejo por tema de sus variaciones, y la trabajaron en romances especiales, como en el siguiente del «Romancero general»: «Cautiva, ausente y celosa», y: «El cuerpo preso en Sansueña».

é ingenuidad (1). Los más antiguos editores habían procurado dar importancia á sus colecciones de romances, que todavía no se habían puesto en moda, bajo el título que entonces se recomendaba más, de «Cancioneros», esto es, libros de canciones artísticas; pero todavía sus colecciones apenas contenían más que romances legítimos, no sólo en cuanto á la forma, sino también en cuanto al contenido y al tono, que, aun cuando no fueran cantares populares, por lo menos estaban compuestos al modo popular, en los que predominaba, en una palabra, la objetividad y el elemento épico. Ahora servía ya de recomendación el título «Romancero general»; los romances habían llegado á obtener tal favor que, como se ha dicho, eruditos y poetas, cronistas y cortesanos hacíanlos á porfía, escribiendo los unos moralidades é intrigas, los otros efectos é intrigas de su corazón en el «estilo» de romances; pero precisamente por esto habían llegado á ser estos una mera forma, un simple vestido de moda; se habían encontrado con que el *paleto*, el hombre del pueblo, había conservado un traje muy á la antigua española, muy cómodo; se lo vistieron, aunque se llamaba todavía, según su origen *paletot*, pero ya no era un legítimo sayo de aldeano, pues si bien le había quedado algo del corte, la forma era más elegante, la tela más fina, adornado de terciopelo y seda, y sobre todo latía bajo el vestido otro corazón, de otros placeres y otras

(1) Ya es tiempo, por lo tanto, que no se sigan citando las «Flores» y el «Romancero general» como el más rico almacén de la poesía *popular* española. Durán ha caracterizado muy bien estas colecciones (l. c., II, página 684): «En las dos últimas décadas del siglo XVI, ya nuestro romance era puramente artístico y apropiado á tratar toda clase de asuntos... Las referidas colecciones (á saber: las «Flores» y el «Romancero general»)... representan el romance tal cual fué en las dos citadas últimas décadas del siglo XVI, y, por consiguiente, al que de popular se hizo artístico y tal como se lo devolvieron al pueblo los grandes poetas que de él lo recibieron.» Por esto nosotros, en la «Primavera», no hemos admitido ni un solo romance de estas colecciones.

penas movido, placeres y penas que interesaban al poeta casi exclusivamente. Por eso, el contenido del Romancero general está formado en gran parte de cuadros de situaciones, expansiones del sentimiento, en una palabra, canciones en que predomina la subjetividad y reina el elemento retórico lírico, canciones que sólo tienen la forma exterior de romances, y son tan esencialmente diversos de aquellos antiguos y populares, como del simple aldeano el señor de la moda ó el cortesano, aun cuando éste lleve un vestido de corte de paletó y el *cayado* pastoral ó el *alfange* morisco. Pero porque esta transformación de la poesía romancesca era una consecuencia necesaria de su trasplante á otra esfera y de su cultivo artístico, no podían ser ya «generalmente aprobados» aquellos antiguos y sencillos romances puramente objetivos, por donde se explica suficientemente el ya notable fenómeno de que el «Romancero general» no repita romances de más antiguas colecciones. Por el contrario, hállanse en él, á pesar de su título, poesías puramente líricas, no compuestas en forma de romances como canciones, letras, letrillas, glosas sueltas, chacanas, lyras. Contiene pues, no sólo muchos romances cómicos y satíricos (1) (entre ellos *ensaladillas*), sino también muchos, que hacen chacota ó del hacer romances en general ó del hacerlos de un género determinado, ironía

(1) Entre los satíricos es notable el romance dirigido contra las estrofalarias modas de trajes que había en el año 1593, 6.^a parte, fol. 190 «Premática nueva del año de 93 á los cuellos y excesivos trajes de España» en el cual prueban que, en efecto, se empezaban á llevar á *la morisca*, los pasajes siguientes:

«Dejad ya los respuntados,
Lechuguillones fruncidos,
Diferenciados en sedas,
Que es traje de los moriscos.
.....
Quiten ya los chapiteles,
Compuestos con bucarillos:
Dejen que traigan las turcas
Los tocados muy subidos.»

que es la señal más segura de una dirección que ha llegado á su punto culminante, ó de una forma que ha llegado á quedar fuera de la realidad actual (1).

* 14) *Segunda Parte del Romancero general y Flor de diuersa Poesía*. Recopilados por Miguel de Madrigal. En Valladolid, por Luis Sánchez. Véndese en casa de Antonio García: 1605, en 4.º La licencia es de 20 de Octu-

(1) Así es que se halla entre los romances satíricos uno dirigido contra esta moda que entonces reinaba de nuevos géneros de romances (11.ª parte, fol. 384; empieza: «Qué se me va á mí que el mundo»), romance que caracteriza tan bien el contenido del «Romancero general», indica con tanta precisión el nacimiento de muchos géneros como los de los romances moriscos y pastoriles; expresa tan ingenuamente las opiniones de los poetas eruditos de poesía romancesca, y es tan interesante, por lo tanto, no sólo para la historia de esta colección, sino para la de la poesía romancesca en general, que voy á insertarlo aquí casi íntegro, tanto más, cuanto que, hasta hoy, ninguno de los modernos editores de romances ha fijado su atención en él. El intento del poeta es defender los romances pastoriles, y, sobre todo, los que van bajo el nombre de «Belardo», gran número de los cuales se contienen en el «Romancero general», pues, como no se cuidaba del gusto de los demás, quería que no se combatiera el suyo, y después que ha presentado este tema en las doce primeras cuartetas refiriéndolo á las nuevas modas de trajes, pasa á las modas de romances, citando en parodia los principios de los más gustados de aquel género:

Qué se me da que Belardo,
Caballero en una yegua,
Se vaya á casar alegre
Con su Filis al aldea.

Ni que se haga hortelano
En las huertas de Valencia,
Ni cortesano en la corte,
Ni pastor allá en la aldea.

Qué se me da á mí que Azarque
En Ocaña viva ó muera,
Desterrado de Toledo,
Por celos que el rey le tenga;

Ni que dejando el armada
De su rey á Baza vuelva,
A buscar su Felisalva,
El sobrino de Zulema.

Qué se me da á mí que Audalla
Vaya la vuelta de Thebas,

bre de 1604. En el *Privilegio*, fechado á 12 de Noviembre de 1604, se dice: «Por quanto por parte de vos, Miguel de Madrigal, estudiante, nos ha sido hecha relación que vos auíades compuesto y recopilado un libro intitulado

Ni que con tres mil jinetes
Reduán corra la tierra.

Qué se me da á mí que pida
Para su zambra licencia,
Ni que Bravonel aloje
Su compañía en Tudela.

Qué se me da que el Zegri
Diez años en una cueva
Se sustente como bruto
De frutas verdes y secas.

No se me da que el forzado
De Dragud en las galeras
Esté de noche y de día
Amarrado á una cadena.

Qué se me da que de espacio
El cordobés se entretenga,
Cantando con su bandurria,
Ni que lllore Melisendra.

Ni que rabiando de celos,
Antes que el cielo amanezca,
Deje Manilos á Ronda
Lleno de cifras y letras.

Ni que esté un cautivo ausente
Donde se acaba la tierra,
Y el mar de España principia,
Llorando lágrimas tiernas.

No se me da, finalmente,
Que en Granada hagan mil fiestas
Los moros, y que mañana
Higos y buñuelos vendan.

Que salgan á jurar cañas,
Vestidos de mil maneras,
Ni que traigan alquiladas
En sus zambras las libreas.

Ni que cuando el sol se ponga
Salga de Venus la estrella,
Y que el potro rucio ande
Echando brinco y piernas.

Qué se me da á mí que Tajo
Corra por do suele apriesca,
Ni que se meta en dibujos
El uno y otro poeta.

lado Segunda parte del Romancero general y Flor de diversa Poesía, en el qual auíades puesto mucho estudio y trabajo», etc. Sigue la dedicatoria sin fecha: «A Doña Catalina Gonçalez, muger del Licenciado Gil Remirez de

Que zapateros y sastres
 Todos quieren tener vena,
 Ni que un asno tire coces,
 Si con ninguna me acierta.

Sólo no puedo sufrir,
 Que una maliciosa lengua
 Ose murmurar, sabiendo,
 Que hay gustos de mil maneras.

Que tengo por ignorante
 Y que está cerca de bestia
 Quien en materia de gustos
 Sólo su opinión aprueba.

Porque cada cual escribe
 Lo que le dicta y enseña
 En su idea el pensamiento
 Con fantásticas quimeras.

Pues sabed que las ficciones
 Son de causa que nos fuerzan
A disfraces los sujetos,
 No por falta de materia,

Sino porque en un sujeto
 Hay mil cosas encubiertas
 Que nos impiden las causas,
 Y no es justo que se sepan.

No porque le falte al Cid,
 Ni á Don Pelayo, Fruela,
 A Bernardo, ni á otros muchos,
 Quien bien decir dellos sepa.

Y así como sus hazañas
 Son historias verdaderas,
 Tienen muchos escritores
 Que en España las celebran.

Y porque para escribir
 Romances, coplas y *liras*
De tan sabidas historias
Es menester menos ciencia.

Pues un *ficto pensamiento*
Arguye más elocuencia,
Mayor ingenio descubre,
Más saber y más prudencia,

Y *sin mirar al objeto*
 Se advierte de un *buen poeta*



Arellano, del Consejo supremo de su Magestad.» iv y 22 hojas (1).

El sobrescrito del fol. 1, dice así: «Segunda parte de Romancero general. En la qual se contiene mucha variedad de Romances, y otras Rimas, que nunca hasta ahora han sido impresas.» Y así es; esta colección contiene de hecho *mucha variedad* de romances, no solamente abigarradamente entremezclados, sino también con poesías puramente líricas de «otra» forma (como letras, endechas,

*El estilo, el pensamiento,
El concepto y la sentencia.*

Y pues queda mi argumento
Probado en esta materia,
No es bien que de los que escriben
Nadie á murmurar se atreva,

Y en especial de Belardo,
Pues sabed que es cosa cierta,
Que son célebres sus obras
Y que el mundo las celebra.

Nadie dudará en realidad de esta última expresión, cuando sepa que bajo el nombre de «Belardo» escribió muchos romances pastoriles, aún de los que se hallan en el «Romancero general», Lope de Vega. Pues es lo cierto que muchos de los romances contenidos en el «Romancero general» son de Lope de Vega, Cervantes, Góngora (al que probablemente se cita aquí bajo el nombre de el «Cordobés») y de otros famosos poetas de aquel tiempo, que, por razones personales, ó por moda, se ocultaban bajo aquellos *disfraces*, y cuyos romances, como producto artístico, no les hacían avergonzarse, pero que eran, como es natural, diametralmente diversos en origen, intención, contenido, espíritu y tono de los antiguos populares.

(1) Nic. Antonio (s. v. Petrus de Flores) y muchos que han escrito después de él han dicho equivocadamente que también esta «Segunda parte» fué vuelta á editar en 1614 por Pedro Flores; pero sólo existe de ella una edición, que aumenta aún más su rareza. Algunos, aunque sin razón, han considerado esta colección de Madrigal, como perteneciente á la *segunda* parte de las «Flores de poetas ilustres», de Espinosa, obra que apareció el mismo año y en la misma oficina; pues ya el título, y más aún el contenido, la señalan como una continuación del «Romancero general» y de las «Flores», á cuyo contenido es análogo el suyo en espíritu, tono y forma, en tanto que se diferencia de las flores escogidas por Espinosa de la lírica puramente artística de los «poetas célebres», y cuyos nombres consta.

juguetes, ensaladas, etc.), que *nunca habían sido impresas*, pues son *recién hechas*, sea por el «estudiante», el mismo Miguel de Madrigal, sea por sus contemporáneos, y por él *recogidas* tan sólo (como se dice en el privilegio que se le concedió: «que vos aviades compuesto y recopilado»). Hasta con respecto al carácter de los romances, se llama con razón esta *segunda parte* del primeramente dicho «Romancero general». También los romances aquí contenidos llevan más ó menos el sello *artístico*, con todas sus ventajas en la técnica y todas sus desventajas en la comprensión subjetiva, diferenciándose tan sólo esta colección de aquélla en que contiene relativamente menos romances moriscos y más históricos y caballescicos, es decir, tomados de materia histórica, tradicional ó caballescica, de crónicas, antiguos romances populares ó libros y poemas de caballerías, trabajado todo esto á título de tema en variaciones lirico-retóricas. Así es que se hallan aquí muchos romances que se pueden colocar por su materia en los círculos de leyendas del rey Rodrigo, de Bernardo del Carpio, de los Siete Infantes de Lara, del Cid, etc.; pero tomando de éstos tan sólo un hecho aislado, una situación para pintarla en descripciones de aparato externo ó en cuadros de estados de sentimiento y de ánimo, y preferentemente para exornar los *discursos* de los personajes con un alarde de patético declamatorio (1). Hay, sin embargo, entre los romances históricos de esta colección, muchos que tienen por asunto sucesos *contemporáneos*, como, por ejemplo, cuatro romances al casamiento de Felipe III con Marga-

(1) Muy á menudo empiezan semejantes romances con un discurso, y al concluir éste es cuando se nombra á la persona que lo ha tenido; bastando ya esto sólo para caracterizarlos como romances modernos y más artísticos, pues aquí no es el suceso ó hecho la cosa principal, sino la situación ó el sentimiento, dentro de la cual se forma la concepción, desde el punto de vista de la subjetividad.

rita de Austria en el año 1598 (fol. 28, 29, 52, 66); un romance al triunfo de los españoles sobre los franceses en la batalla naval de la isla de San Miguel el año 1582 (fol. 70; v. Mariana: «Hist. gen. de Esp.» publ. y cont. por D. José Sabau y Blanco. Madrid, 1820, 4.º, tomo xvi, pág. 100). Los romances concluyen ya en la primera mitad del tomo; pues desde el fol. 117 hasta el 120, hay «Enigmas diferentes» (poesías para emblemas) en redondillas (en el fol. 120 hay un «Fin de los Romances y Enigmas»); y del fol. 121 al final contiene tan sólo poesías meramente líricas, descriptivas ó satíricas en otras diferentes formas, como octavas, sonetos, canciones, tercetos, liras, elegías, cartas (entre estas últimas, fol. 207, una satírica de Lope de Vega con la respuesta de Liñán, fol. 210).

15) *Juan de Ribera, nueve romances*, s. l., 1605, en 4.º (Pertenece propiamente á la clase de las hojas volantes.) Así citada por Böhl de Faber en su «*Floresta de rimas antiguas castellanas*». No parece, sin embargo, ser Ribera el autor, y por lo menos no lo es de todos estos romances; pues de los dos que sacándolos de ahí nos comunica Böhl de Faber (tomo 1, n. 124 y 142), se presenta el último, como tema glosado, en el extracto más arriba mencionado del «Cancionero general» de 1552, con este añadido: «Glosa hecha... á cierta parte de un romance viejo» (1).

* 16) *Romances de Germania de varios autores, con su vocabulario al cabo por orden del a. b. c., para declaración de los términos de la lengua, compuestos por Juan Hidalgo*. Barcelona, Sebastián Cormellas, 1609, en 12.º

(1) No hay duda, por el contrario, acerca de la siguiente obra: «Primera parte de Romances nuevos nunca salidos á luz, compuestos por Hierónimo Francisco de Castaña, natural de Zaragoza», Zaragoza, 1604, contiene romances compuestos sólo por el autor mismo (véase la edición de Huber de la «Crónica del Cid», pág. LXXIX).

Repetidas veces tirado en Zaragoza, Juan de Larumbe, 1624, 1644, 1654, en 12.º Finalmente, con la siguiente adición, indicada ya en el título «El discurso de la expulsión de los gitanos», que escribió D. Sancho de Moncada, y los Romances de la Germania que escribió don Francisco de Quevedo. Madrid, por Ant. de Sancha, 1779, en 8.º (Esta nueva edición es la única que posee la biblioteca imperial de Viena.)

El editor dice en el prólogo «al curioso Lector» que estos romances gitanos (esos Germánicos romances) recopiló y compuso en parte por pasatiempo, y en parte para utilidad de los oficiales de justicia, para que adquirieran conocimiento de las costumbres y lengua de los maleantes. Entre estos romances se halla uno que, si bien con importantes divergencias, se presenta ya en la «Rosa de Amores», de Timoneda («De Toledo sale el Jaque»). En éste y en muchos de los romances picarescos que aquí ocurren, como en general en muchos cómicos, se parodia el verso inicial de un antiguo romance popular. Seis romances son los compuestos por el mismo Juan Hidalgo, como lo anuncia expresamente: «Estos seis Romances son de un autor, y él recopiló el Vocabulario de la Germania.» Esta es seguramente la más antigua colección de los romances de pícaros y de gitanos, que posteriormente llegaron á ser tan gustados é imitados por célebres poetas (como lo prueban los de Quevedo, insertos en la última edición), romances que crecieron tanto que llegaron á formar un género propio, el picaresco. Por lo demás, Bowow ha probado recientemente, en su interesante obra sobre los gitanos de España (1), que los llamados

(1) *The Zincali; or, an Account of the Gypsies of Spain. With an original Collection of their Songs and Poetry, and a copious Dictionary of their language.* London, 1841, 2 vols., 8.º Acerca de la colección de Hidalgo, véase sobre todo en el volumen 2.º las páginas 143 á 146.

romances de gitanos se derivan tan poco de los gitanos en cuanto á su forma y lenguaje, como los llamados moriscos de los moros ó los pastoriles de los pastores. No son otra cosa que un género más de disfraz ó afición poética, tal como lo exigía la moda, y que debe diferenciarse de los posteriores romances de ladrones y pícaros, de que hemos de hablar, los cuales tenían por base *ocurrencias efectivas*.

* 17.) *Primera parte del Jardín de Amadores. En la cual se contienen los mejores y más modernos Romances y Letrillas que hasta hoy se han sacado. Recopilados por Juan de la Puente. Zaragoza, Juan de Larumbe, 1611, en 12.º oblongo, 96 hojas. Nueva edición (en la biblioteca imperial de Viena), con esta adición al título: «Añadidos en esta última impresión muchos romances nuevos nunca impresos. En Çaragoça, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gratia.» Al final, después de repetir el lugar de la impresión: Año MDCXLII (1644), en 12.º, oblongo, 94 hojas y 2 hojas. Tabla. Parece que no apareció más que esta «primera parte»; por lo menos no se halla en parte alguna noticia de continuación) (1).*

Esta edición procura recomendar ya desde el título que contiene los romances «más modernos, nunca impresos». Muchos de los que le son *proprios* se refieren á sucesos *contemporáneos* (como «testamento del Rey» [Felipe II]; de *Hernán Cortés*; apóstrofe de un *madrileño* á su ciudad natal, cuando en el año 1601 se mudó á Valladolid la residencia real: «Romance á la muerte del rey don Felipe el segundo»); pero la mayor parte de los que con-

(1) Velázquez y Durán citan un «Jardín de Amadores», de Lorenzo de Ayala. Valencia, 1858, en 16; y Durán dice que esta colección, que quizá sea una edición más antigua de la de Juan de la Puente, contiene poesías artísticas y eróticas, y entre ellas algún que otro romance.

tiene los hallamos ya en el «Romancero general», de cuyo carácter participa en su totalidad esta colección. Contiene relativamente más romances sobre temas histórico-tradicionales (entre estos algunos propios de la colección, como en el fol. 16 los de los «Comendadores de Córdoba»; en el fol. 31: «En Túnez estaba Enrique»; en el 36 del Cid en su lecho de muerte: «Banderas antiguas tristes»; del 41 al 47 muchos del rey Rodrigo) que moriscos (un sólo número de estos) y un par de romances satíricos pastoriles y amatorios propios de la colección, predominando ya en el último de estos géneros el estilo culterano. Como singularidades dignas de notarse en esta colección, quiero citar el que en el fol. 20 se repiten el romance mitológico de la «Silva» y las «Rosas» de Timoneda: «En el tiempo que Mercurio», y en el fol. 90 hay una «novela» en «redondillas» que tiene por asunto el del *Fabliau du meunier d'Arleux*.

18) *Historia del muy valeroso Caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar, en romances en lenguaje antiguo, recopilados por Juan de Escobar*. Alcalá, Juan Gracián, 1612, en 12.º Repetido en muchas ediciones (1); la última: Barcelona, 1757, en 8.º, apareció en dos tomos, conteniendo 102 romances. Después han sido preparadas nuevas impresiones por D. Vicente González del Reguero, bajo el título: * *Romancero é Historia del... Cid; en lenguaje antiguo, recopilado por Juan de Escobar, nueva edición*

(1) A las quince ediciones citadas por Durán (l. c., s. v., Escobar) hay que agregar: * Pamplona, 1706, en 12.º Y de las aparecidas recientemente: *El Cid, Romances históricos*. Edición aumentada y adicionada con las notas de Desping. Palma, 1844, en 16.º—*El Cid, Colección de los más celebres romances antiguos españoles; rica edición adornada con hermosas láminas y viñetas*. Madrid, 1850, en 4.º (a).

(a) Entre las posteriores basta citar, por ser las únicas que tienen valor crítico la de Carolina Michaelis (Leipzig, 1872) que es la más copiosa de todas, puesto que contiene 205 romances; y la de Milá y Fontanals. (Barcelona, 1884).—(M. P.)

mático «Maestro Tirso de Molina» (Gabriel Téllez). En el «Prólogo al Lector» procura el editor disculparse del reproche de que esta su obra primera contenga tan sólo «hijos de otros padres», diciendo que por ello merece tan poco ser vituperado, «quanto y más que gigantones en fama tiene esta Corte que autorizando poemas, con oficiales y aprendizes, cuyas Musas son de alquiler, los escriben después en carteles por propios, y se atreven á dezir en ellos: Fulano me fecit, contra los quales aun tienen fama los versos de Virgilio, pues no falta quien después se queja, diciendo: Hos ego, etc. De cuya restitución quedo absuelto, pues no los vendo por míos, puesto que les doy la vanguardia, para que cebándote en ellos no tengas después alientos contra los que se les siguieren. A lo segundo digo, que se llaman Primavera, porque aunque te pese,

error (p. LU): «Una de las colecciones más antiguas (!) y de alguna importancia es sin duda (!) la publicada en el siglo xv (!!), con el título de «Primavera y flor de los mejores romances», á pesar de haber sido reimpressa varias veces en los siglos siguientes, con adiciones considerables.» Ediciones posteriores de esta *primera* parte aparecieron, según dice Durán (véase Arias): Madrid, Juan de la Cuesta, 1623, en 8.º; la misma, en casa del mismo, 1626, en 12.º (si no es esto una confusión con la arriba descrita, que parece ser, en todo caso, la *tercera* tirada *original* de la primera parte, si es que no la *segunda*, pues me parece que la edición de Madrid de 1621 es idéntica con la de 1622); Sevilla, 1626, en 12.º (Depping indica una de 1627); Lisboa, Mateo Pinheiro, 1626, en 8.º; Barcelona, Lorenzo Deu, 1626, en 12.º Además me son conocidas: «Primavera y Flor de los mejores romances y sátiras que nueuamente han salido en la corte, recogidos por el licenciado *Pedro Pérez Arias* (sic).» Valencia, 1628, en 12.º * «Primavera de varios romances nuevos, la qual contiene muchos y diversos romances, con sátiras y letras famosas por diferentes poetas.» Valencia, por Silvestre Esparsa, 1644 (la indicación del número del año está equivocada: 1944), en 16.º Como quiera que esta desconocida edición se halla en la Biblioteca imperial de Viena, voy á describirla con exactitud. En la «Aprouación» se dice ya expresamente: «Compuestos por el licenciado *Pedro Pérez Arias* (sic), está repetida manifiestamente de la precitada edición de Valencia de 1628, puesto que va fechada en «Valencia á 21 del mes de Julio de 1628». Sigue á esto una segunda aprobación en que se dice: «Haviendo visto y leído un libro de entretenimiento, inti-

tienen de dar fruto, si no sazonado, porque tú dirás que no lo está, á lo menos generoso y calificado, por la voluntad que de acertar tengo. Y satisfaziéndote á lo último concluyo, que saco deste hospital de niños expósitos, á la plaça de tu censura, porque aunque prohijados por mí, reconociéndolos sus padres tengan más defensores, etc.» Esta colección contiene, pues, en todo caso, poesías de *diferentes* y en su mayor parte *desconocidos* autores, que gozaban de especial popularidad. Esto y sus romances, nacionales en su mayoría, le daban un barniz de espíritu popular; sin embargo, de lo cual denuncian la *mano imitadora de un poeta artístico* y su *origen moderno* por su contenido, la fluidez de la versificación, la regularidad de la asonancia en general, así como algunas por el tono juguetón, el culteranismo y el conceptismo; con lo cual

tulado *Primavera y flor de los mejores* (que ya fué impreso en Madrid, con licencia, por la viuda de Alonso Martínez [sic], en el año de 1626), y á la postre se ha añadido un romance nuevo, que comienza: *Tomando estaba sudores*, etc.» Fechada «en Valencia á 14 de Agosto de 1628». Después viene la *Tabla*, según la cual contiene esta edición 139 poesías, aunque en realidad sólo tiene una más que la de Madrid de 1626, es decir, 138. Sin embargo, hay otro nuevo romance añadido en la *Tabla*, pero no citado en la aprobación, al final, impreso después del primero citado, que empieza: «Los pedazos de un retrato» (romance pastoril). Tiene vi y 107 hojas (en la paginación, muy desordenada, la última página está numerada 216). Por lo demás, concuerda con la arriba descrita edición de 1626, sin otra diferencia que faltarle la dedicatoria y el prólogo.

Apareció una 2.^a parte á esta colección, 2.^a parte cuyo título y editor, según Durán, son: «*Primavera y flor* de los mejores romances, canciones y letrillas curiosas que han salido agora nuevamente hechas á diferentes propósitos. *Segunda parte*. Recopilado de diversos autores, por el alférez *Francisco de Segura*, criado de su majestad» (el mismo editor, por lo visto, que el de la colección núm. 19): Zaragoza, 1629. (Durán no sabe á ciencia cierta si esta 2.^a parte apareció sola ó juntamente con la 1.^a.) El contenido y carácter de las poesías de esta 2.^a parte debe de corresponder totalmente á los de la 1.^a

De *ambas* partes se publicó, finalmente, una edición completa y total en Madrid, Pablo de Val, 1659, en 12.^o Esta la conocieron también Depping y Böhl de Faber, que nos da los romances de las dos partes.

no se entienda que decimos que no se hallen entre ellos algunos cantares muy graciosos, genuinamente nacionales aunque no propiamente populares (véase tan sólo la media docena que, sacados de aquí, se hallan en la «Floresta» de Böhl de Faber, tomo 1). De las 138 poesías de la edición en que nos ocupamos, 90 son romances, que aquí se han impreso distribuidos en cuartetos, perteneciendo todos ellos á los géneros puramente líricos de los romances pastoriles y amatorios ó á los satíricos-burlescos (entre los últimos se halla el romance de gitanos que tenemos en la precipitada edición de los «Romances de Germania», en endechas, que empieza: «Aqueste Domingo.» Muchos de los romances pastoriles y amatorios, entre los cuales los hay cortos y algunos con *estribillo*, van acompañados de letrillas. Las restantes poesías son letras, redondillas, endechas, chaconas, canciones, quintillas, estando un par de ellas compuestas en las formas no nacionales de octavas y décimas. En una palabra, esta colección prueba que el gusto de moda en la residencia real y entre los poetas artísticos que le rendían homenaje, aceptaban, es cierto, las formas populares, pero más para jugar y coquetear con ellas, que para cantar y poetizar en ellas movidos por íntima necesidad (1).

* 21) *Maravillas del Parnaso y Flor de los mejores Romances graues, burlescos y satíricos que hasta oy se han cantado en la Corte. Recopilados de graues autores, por Jorge Pinto de Morales, capitán entretenido. Barce-*

(1) Siguiendo el orden cronológico, debía colocar aquí los «Romances espirituales» de Lope de Vega (Madrid, 1635) y de José de Valdivielso (Madrid, 1648); pero como procedentes que son de poetas artísticos y formando obra artística, tanto respecto al autor como al asunto, no tienen de común con las colecciones que entran dentro de nuestro campo nada más que el nombre, mostrándonos que la forma del romance, por ser tan nacional como era, se acomodaba á todo asunto, á toda manera de tratarlo, aunque perdiendo su carácter fundamental puramente épico, ó á lo sumo lírico-épico. Ni aun por el nombre nos corresponde tratar de los dos

lona, en casa de Sebastián y Jayme Mathevad, á costa de Jusepe Prats, 1640, en 8.º, 99 hojas y 2 hojas. «Tabla.» Una de las licencias es de Barcelona, fechada á 17 y 19 de Febrero de 1640, pero la del Santo Oficio de Lisboa, á 4 de Abril de 1637, fecha de la cual se deduce que debió de existir otra edición *más antigua*. Esta colección tiene el mismo carácter que la precedente; da también importancia capital al hecho de que los romances que contiene hubieran sido cantados «en la Corte», añadiendo que todos ellos proceden de «graves autores». Tiene los mismos géneros que el anterior, como ya lo indica el título: «graves (entre los que hay que contar los sentimentales, amatorios y pastoriles), burléscos y satíricos»; estando todos los romances distribuidos en cuartetos y entremezclados con otras poesías, como letrillas, endechas, juguetes, etc. En una palabra, el mismo gusto de las formas nacionales, pero también bajo el mismo influjo de la poesía artística. Entre las 69 poesías hay 49 romances, y entre éstos sólo tres que tratan de tema histórico, y son, á saber, en el folio 70: «Al tiempo que andava el mundo», en que el «viejo Zaide» expone á su sobrino el consejo que dió Catón á Bruto, de cómo había de portarse en las luchas intestinas de las parcialidades en Granada; en el folio 79: «Llorando mira Rodrigo», variaciones sobre el tan favorito tema de los lamentos de Rodrigo por la pérdida de España; y en el folio 81 hasta el fin: «Salsas recuperada, Romance heroyco.» Empieza: «Vanamente conducidas»,

«Cancioneros espirituales», citados por Huber (en las *Blitt. f. lit. Unterh.*, 1845, núm. 322), el uno «por un religioso de la orden de San Gerónimo», y de Fray Ambrosio Montesino el otro (acerca de este último véase una noticia de Jubinal en el *Bulletin du bibliophile français, Paris, Techener*, VI serie, 1844, núm. 22, páginas 1159 á 1161, y las adiciones á la traducción española de Ticknor, en la edición de Madrid, tomo III, pág. 517). Montesino compuso, no sólo muchos romances espirituales, sino también algunos históricos, imprimiéndolos todos en *líneas largas* de diez y seis sílabas.

y tiene por asunto la reconquista de Salsas en el año 1638 cuando peleaban los españoles con los franceses en el Rosellón, hecho de armas que canta medio al modo de los cronicones, medio en tono de clarinete (1).

22) «*Laberinto amoroso de los mejores y más nuevos que hasta ahora han salido á luz. Con las más curiosas letrillas de quantas se han cantado. Sacados de los propios originales, por el licenciado Juan de Chen. Con licencia. En Çaragoça, por Juan de Larumbe*», 1638, en 12.º 142 páginas, con tabla y hoja de título. En ésta está lleno el espacio, entre el título y la fecha, con grabados en madera. Debo la noticia de este hasta hoy totalmente desconocido «Romancero», á la bondad del señor archivero Kausler, de Stuttgart, el cual hace notar que algunas de las poesías en él contenidas se hallan también en las colecciones de Depping, Durán y Bölh de Faber, pero con variantes y parte de ellas menos completas. Es de esperar que el Sr. Kausler nos dé el gusto de proporcionarnos una nueva edición de él ó una descripción y comunicación detallada de lo desconocido.

23) «*Romances varios de diversos autores. Añadidos y enmendados en esta última impresión. Madrid, por Pablo de Val, á costa de Santiago Martín*», 1655, en 12.º oblongo (2). Siguen á la «tabla», ordenada alfabética-

(1) Entre las demás poesías hay una en el folio 61 intitulada «Bayles», notable por tener una forma semejante á las ligeras danzas del alto alemán medio. Compáresela con los «Bayles» de Quevedo y de otros.

(2) Según Durán, debe de existir una edición de Sevilla, Nicolás Rodríguez, 1655, en 12.º Más antigua, como debió de haberla, según el título, no la hemos hallado indicada en parte alguna. Son posteriores: «*Romances varios de diversos autores agora nuevamente recogidos por el Licenciado Antonio Díez; Zaragoza, viuda de Miguel de Luna*», 1663, en 8.º, y Madrid, 1664, en 12.º Brunet da por lo menos esta colección de Díez como una reimpresión de la estampada en casa de Pablo de Val, y dice de la de Madrid de 1664: «*Reimpression mal exécutée du recueil de Díez lequel renferme 110 romances et letrillas, dont 46 de Quevedo; parmi les autres à peine s'en trouve-t-il une douzaine de remarquables.*»

mente, que con el título, licencia y tasa, todo ello de 1655, llena cinco hojas y una página, en las seis restantes hojas no paginadas, cinco romances satíricos, no citados en la tabla; y después empiezan con la pág. 1 los «Romances varios». Son 477 páginas, que continen 113 romances (en todo 118), todos divididos en cuartetos, 48 de ellos de Quevedo y uno de Góngora («Entre los sueltos caballos»). Diferénciase esta colección de las precedentes por no contener ningún romance pastoril ó amatorio propiamente lírico-sentimental, y ninguna otra poesía lírica de otra forma (con la excepción acaso de un par de letrillas y quintillas en forma de romances, géneros que sin esta última circunstancia están ya emparentados con el de éstos), sino tan sólo romances, los más *satírico-burlescos* ó de asunto *histórico*; de tal modo que, aunque los unos proceden de poetas artísticos y los otros se apartan mucho del tono épico de los viejos romances populares, sin embargo, el carácter general de esta colección muestra que fué destinada *más al pueblo* (con lo que no se ha de entender el populacho) que á la corte. Entre los satírico-burlescos hay muchos romances picarescos y de gitanos (1), que á menudo emplean, parodiándolos, versos y pasajes de los viejos romances populares. De los romances históricos, muchos tienen por asunto las victorias de los españoles sobre los franceses en la guerra del Rosellón (2), otros se refie-

(1) Que estos romances de gitanos eran un simple disfraz de los que por entonces se habían puesto de moda, lo prueba, por ejemplo, el siguiente: «Xácara á las damas de la reyna nuestra señora, que se cantó á su magestad» (pág. 115). Entre los romances satíricos se halla también una «Loa», en que se caracterizan burlescamente los diferentes estados, oficios y provincias de España (pág. 265). Böhl de Faber nos ha dado (I, núm. 326) tomádole de aquí uno burlesco en tono popular.

(2) Entre éstos uno acerca del sitio de Salsas (pág. 187), distinto del citado en la precedente colección. Tres de estos romances empiezan con el principio de aquel antiguo y conocido: «Mala la hubisteis franceses» (páginas 303-312.)

ren á las luchas con los berberiscos (como, por ejemplo, pág. 328 de «Barbarroja»; pág. 332, de «Arnaut de Mariva», impreso en la colección de Depping, II, 471, según unas hojas volantes) ó á la guerra de los Treinta años (pág. 338 del «Infante Cardenal Fernando»); hallándose también entre ellos algunos de las luchas con los moros (por ejemplo, pág. 220, de Hernando del Pulgar; pág. 344, de Xarifa y Narvaez; pág. 347, de la muerte del moro Amel en Ronda; pág. 324, de la guerra con los moriscos en Peñón el año 1506). Finalmente, tenemos aquí un par de romances en el tono de los de ciegos acerca de sucesos coetáneos (como las historias de asesinatos y amonios, páginas 201 á 216, de Diego de Soto, en el año 1606; páginas 247 á 251 de Juan de Mena:

«Por un hijo de vezino,
que llamaban *Juan de Mena*,
se compuso este romance
en *la calle del Esgueva*, etc.»

Y realmente, en este cantar callejero hay un eco de la ingenuidad popular). No es, pues, tan fácil dejar de lado esta colección, como ha hecho, por ejemplo, Brunet, siendo para la historia de los romances *populares* más importante que los dos precedentes, aun cuando las poesías contenidas en éstos superen en finura y elegancia á las aquí publicadas.

24) «*Romances varios de diferentes autores nuevamente impressos por un curioso. Amsterdam, en casa de Ishag Coen Faro*», 1688, en 12.º Durán, que cita esta colección, dice de ella que contiene una selecta muy buena, pero impresa muy incorrectamente, de 80 romances artísticos y «romancillos» (en redondillas de seis sílabas); á los que precede un *entremés* titulado: «El Espejo», siguiendo la tabla y algunos romances y sonetos, todo esto

en 14 hojas no numeradas. Después, de la pág. 1 á la 96, lo restante del texto (1).

Junto á estas mayores colecciones volvieron á aparecer desde mediados del siglo xvii muchos romances en pliegos sueltos, que, como es natural, estaban destinados ante todo *al pueblo*. Bajo este nombre de «pueblo» no se debe, sin embargo, entender el nucleo de la nación, la gran masa de cultura casi igual, casi los mismos intereses, en oposición á aquellos otros de más elevada crianza cortesana ó de cultura docta profesional y de escuela. La clase media habíase desligado cada vez más de la gran masa por una cultura más fina positiva ó afectada y por un gusto más *artístico*—aun cuando menos decisivamente y con menos precisión que en otros países de la Europa culta—y sobre todo en la poesía era la oposición entre la popular y la artística cada vez más marcada por la influencia de la escuela clásico-italiana, y cada vez más hondo el foso entre una y otra. Hemos visto en el carácter de las últimas colecciones (desde el «Romancero general») que hasta los romances, la forma más popular de la poesía española, cuanto más querían mantenerse en las esferas llamadas cultas ó en la corte, más tenían que aceptar en sí elementos artísticos. Los romances, que *ahora* se hacían preferentemente para el pueblo, y que conforme á los medios de éste se difundían en pliegos sueltos, debían por lo tanto contar de preferencia con el *más bajo y ordinario* pueblo (*vulgus* ó *plebs*, no ya *populus* ó público), á cuyo horizonte se acomodaban, y con cuyas simpatías se hicieron. Aún hay más, y es que estos romances pudieron, no sólo ser hechos *para* el pueblo, sino también *por*

(1) Según una nota de Salvá, cita además Durán: «Varios romances á la Liga, por *Faxardo* y *Acebedo*.» Valencia, 1687, en 12.º Sospecha que Faxardo no era más que el recopilador de estos romances; perteneciendo éstos, en todo caso, á la clase de los romances facticios, como los de Padilla, Francisco de Segura, etc.

el pueblo mismo; pero por un pueblo que estaba demasiado profundo para sentirse inspirado por propia conciencia refleja, y para que cantara los sentimientos é intereses *comunes á toda la nación*. No podían, por lo tanto, surgir canciones populares y nacionales en el más elevado sentido (como las del Cid, Bernardo del Carpio, etc.) sino tan sólo cantares de aldea y baile, callejeros y de feria, á propósito de los cuales no se ha de olvidar que en España ni aun el más bajo pueblo ha descendido jamás la ordinarez, como en otros países, ni jamás ha sido totalmente sordo á la enseñanza y la fama nacionales. Los sentimientos más vivos aun en los españoles más ordinarios son fuera de los generales humanos, el religioso, el que une la independencia personal con la arrogancia frente al poder y tendencia á lo aventurero, y el orgullo nacional frente á los extraños. De aquí que los romances de los pliegos sueltos de los siglos XVI y XVII, fuera de los placeres y penas generales humanos, tengan por asunto sobre todo *leyendas y milagros*, historias de *ladrones y asesinos* (de bandoleros y facinerosos, ya como pequeños guerrilleros, ya en grande), y las *victorias* de las armas *españolas* sobre las *extranjeras*, sobre todo sobre los franceses en la guerra del Rosellón y sobre los aliados extranjeros de cada partido en la guerra de sucesión. Estos romances—cantados, no ya por juglares ricamente pagados, sino por ciegos mendigos, no ya en cortes y ciudades, sino en los cantones de las calles y en las tabernas de los pueblos, no en los círculos de caballeros y damas, sino en los de pícaros y chulas—no tienen, como es natural, ni la ingenuidad ni la frescura de los viejos romances populares, ni la elegancia y perfección técnicas de los modernos hechos por poetas artísticos, sino que, por lo regular, son tan ramplones y rudos, que «romance de ciego» ha venido á ser la designación proverbial de un canto trivial y ordinario. Sin embargo, aun entre éstos hay algunos, sobre todo

entre los cómicos y satíricos, que por su osada firmeza, burla mordaz, ó por aquella nativa ironía de los españoles, su sal y donaire, son dignos de que se fije en ellos la atención.

Depping recuerda (tomo I, páginas XLIX-4, y en las notas;—y tomo II, pág. 475) algunas de tales hojas volantes de romances; Huber habla (lugar citado) de colecciones de las mismas en las bibliotecas de Londres y París; y también la biblioteca imperial de Viena posee un par de tomos de tales «Romances en pliegos sueltos», de los que voy á citar, á manera de ejemplo, los siguientes: «*Romances que se han cantado en el convento de la Pasión, de la Orden de Santo Domingo desta villa. En los misereres que ha celedrado esta Quaresma de 1657 la Congregación y Diputación real de N. S. de las Angustias*». Madrid, 1657, en 4.º Una colección de «*famosas ó curiosas Xácaras*», «*Relaciones verdaderas*» y «*Romances devotos*», de los años 1670 á 1674; por ejemplo: «*Xácara del gracioso desafío que tuvieron el chocolate y el vino*»; «*Xácara de un Francés que robó la Custodia del S. Sacramento en Colmenar*», 1673; «*Relación verdadera de un mancebo que cautivaron en Argel*», 1670 hasta 1672; «*Aquí se contiene un maravilloso milagro que obró Dios en la ciudad de Argel, por lo qual se convirtieron un renegado y una mora*», 1673; «*Romance á lo divino, á la inmaculada Concepción de N. S.*»; «*Declaración de un milagro*», 1673, y otros, los más, de bandidos y milagros; entre ellos algunos de autores nombrados, como: «*Relación verdadera en que se describen la prisión, muerte, delitos..., de Pedro Navarro... que se ajusticia en Sepúlveda. año 1673, compuesta por Pedro Gutiérrez, médico de dicha villa*»; «*Curiosa Xácara nueva de la prisión, y muerte de Pedro Andrés y Juana Martínez... ajusticiados en el año de 1673*», por Lucas Antonio de Bedmar; «*Curiosa Xácara nueva de la vida, prisión y muerte de Francisco de la Sera, en*

el año de 1673», por Antonio de Robledo; «Romance de un milagro», comp. por Juan de Rivera; «Epítome del auto general de fe que el tribunal del S. O. de la Inquisición de Granada celebró en ella, año de 1672», por el Licenciado D. Carlos de Moya, etc. Además un tomito con romances de la guerra de sucesión, como: «Carta que se da cuenta del despedimiento del Duque de Borgoña y Berri»; «Matraca en romance, coplas en verso. El abate que voy, el coco de las Sardinias, y espantajo de los pezes. A la derrota de la armada Inglesa»; «Proezas del General Guido Estaremborg, quando passó a Madrid a coronar por el Rey al Señor Archiduque Carlos de Austria». (Poesía burlesca contra el partido austriaco. «Carta christiana que el piadoso discurso del Dr. Santo Cruz presume aver escrito el Rey de Francia Luis XIV a Pheipe V luego que supo avia entrado en los dominios de España», etc., todos en pro del partido borbónico (1).

Pero que no fueron entonces suplantados completamente por estos romances, que se plegaban á los intereses de día y á la moda, los *antiguos legítimos populares*, ni en el pueblo ni entre los cultos, lo prueban las nuevas impresiones de los mismos, en «pliegos sueltos de este año» para el pueblo, y las nuevas ediciones, que iban enriqueciéndose hasta el fin del siglo xvii, del «Cancionero de romances», de la «Silva», etc., para los que disponían de más medios. Ya á fines de *este* siglo ó á principios del *dieciocho*, apareció la siguiente *nueva* colección de tales romances *viejos* (2):

(1) Después ha dado Durán una rica bibliografía de estos pliegos sueltos del siglo xvii (tomo I, p. LXXX-LXXXV) y una selección de pruebas de toda clase, bajo la rúbrica genérica: Romances vulgares (tomo II, páginas 227 á 414) suficiente para su característica.

(2) Pellicer menciona en su Comentario al *Don Quijote* (edición de 1780, tomo I, pág. 105), como *primera* edición, una publicada en Alcalá, de 1686, pero probablemente esta fecha se apoya en una falta de lectura ó impre-

25) «*Floresta de varios romances sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los doce Pares de Francia, agora nuevamente corregidos, por Damián López de Tortajada*»; Valencia, en 16.º, y en el mismo punto, Antonio Bordazar, s. a., en 12.º Repetidas veces tirada: Madrid, 1711, 1713, 1746, * 1764 (en Durán se mencionan las mismas ediciones de Madrid, pero con los números de los años equivocados: 1611, 1613, 1646, 1664), en 12.º Siguiendo á la última edición se ha impreso: * «*History of Charles the Great and Orlando, ascribed to Archbishop Turpin; translated from the Latin in Spanhein's Lives of Ecclesiastical writers. Together with the most celebrated ancient Spanish Ballads relating to the Twelve Peers of France, mentioned in Don Quixote; with English metrical versions, by Thomas Rodd*», London, 1812, 2 vols., 8.º Durán (l. c., s. v. López de Tortajada) dice que la anteuúltima edición, la de 1746, contiene 36 romances, entre ellos 22 antiguos del «Cancionero de romances» y de la «Silva», y 14 pertenecientes al final del siglo XVI y al XVII.

La última edición, de 1764, contiene tan sólo ocho romances viejos menos que aquélla, uno más sobre Carlos V y algunas poesías en estrofas redondillas. Sólo tengo á mano el ejemplar de la última edición de Madrid, de 1764, perteneciente á la Biblioteca imperial de Viena; en el cual se hallan en todo 42 romances, 22 de ellos del ciclo de leyendas carolingias (todos en el «Cancionero de romances»; en las diversas ediciones de la «Silva» y en Timoneda, hasta los siguientes cinco de la «Flor de varios romances», y, por lo tanto, ya artísticos: «Gran estruendo de campanas», el entierro de Valdovino; «Por la parte donde vide»; «Por el rastro de la sangre»; «En Francia estaba Belerma»; «Sobre el corazón difunto», los últimos cuatro de Monte-

sión, y está por 1708; pues es inverosímil que no hubiera aparecido ninguna nueva tirada en todo un siglo, mientras que desde 1711 se seguían las unas á las otras con tanta rapidez.

sinos; Durandarte y Belerma); y además 10 romances de Carlos V y de sucesos contemporáneos de él, de la guerra contra los turcos, berberiscos, etc. (casi todos en Timoneda y en las ediciones posteriores de la «Silva», y uno que se halla también en el «Cancionero de romances»: «Triste estaba el Padre santo»). Siguenlos tres viejos romances del rey Rodrigo (del «Cancionero de romances» y de la «Silva»); tras de ellos se colocan los viejos romances del conde de Barcelona (de la «Silva»); uno más del siglo xvi de la toma de Túnez (en las ediciones posteriores de la «Silva»); el único que aquí se nos presenta, pero famoso y viejo romance del Cid; «Helo, helo por do viene»; otra vez dos del siglo xvi (ambos de la «Silva»); otro viejo después (el famoso: «Miraba de campo viejo», de Alfonso V de Aragón, que se halla también en el «Cancionero de romances»); finalmente, del duque de Alba (también en las ediciones posteriores de la «Silva»). Con este romance y la pág. 356 se cierra el texto, sin que siga *ninguna* poesía en estrofas redondillas, sino dos hojas no numeradas, que traen un índice (pero no tabla alfabética). En general, todos los romances tomados de las antiguas colecciones están notablemente modernizados en el lenguaje y arreglados artísticamente en la versificación y los enlaces (esto quiere decir, el «corregidos» de Tortajada) (1).

Con esta colección se cierran las que conozco de aquellas emprendidas propiamente *para las necesidades del público que cantaba y leía romances*; el periodo de casi un siglo que separa ésta de la sucesiva *nueva* colección de romances, prueba ya que ahora entraron intereses totalmente diversos, que estaba destinada á otro círculo de lectores, y que

(1) Ya de esta descripción se deduce que la impresión de Rodd no reproduce *todos* los romances de la «Floresta», como ha afirmado Depping; pues contiene tan sólo 23, á saber, 22 del ciclo de leyendas carolungias y uno del Cid. Acaso haya una impresión más nueva de ellos: «Romances de Carlo Magno»; Xátiva, 1842, en 4.º, con grabados en madera.

debe ser juzgada desde otro punto de vista. El pueblo, que cuanto más se separaban de él los cultos, se veía limitado á más estrecha y más baja esfera y que llegó á ser casi sinónimo del populacho, no había, es cierto, perdido en el siglo XVIII el gusto por los romances, como tampoco lo perdió por el canto; pero como cada vez crecía su falta de participación en toda vida nacional pública y política, por la rudeza y exclusivismo que se acrecentaban en él con su separación y hasta oposición respecto de los doctos, no tenía ni fuerza ni resorte para producir de sí *nuevos cantares nacionales*, ni siquiera sentía la necesidad de conservar los ya hechos, y como desde la guerra de sucesión ningún odio al extranjero había agujoneado el orgullo nacional ni ninguna lucha de partido los instintos de burla y de venganza, hasta hacerle prorrumper en cantos de victoria ó de vituperio, contentábase el pueblo con entonar canciones de amor y hasta de danza, y con escuchar historias de pueblos y ciudades, romances de milagros y de bandidos (1), y á las veces alguno de los viejos tradicionales cantado por ciegos ó cantores de feria, los cuales se vendían en forma de pliegos sueltos. Pero entre los cultos, habían, por una parte, caído en descrédito los romances como cosa del populacho, y, por otra, había jugado caprichosamente la moda con la forma de ellos convertida en algo huero; la poesía artística, bajo el influjo de la escuela clásica francesa desdeñaba más cada vez las antiguas formas nacionales populares, y rechazó sobre todo la de los romances como inservible para la expresión de lo serio y de lo digno, esto es, propiamente de lo patético retórico (2), de tal

(1) Alcalá Galiano cita en las «Notas» á la introducción de Depping (pág. LXXIX) como romances de bandidos que habían llegado entonces á ser tan gustados entre el pueblo como desacreditados por la rudeza de su contenido y estilo entre los doctos, los del bandolero Francisco Esteban y los de la asesina y ladrona doña Josefa Ramírez.

(2) Así es que D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, en el prólogo á sus «Romances históricos» (París, 1841, 8, pag. 9), dice, hablando del me-

modo, que ni volvieron á nacer nuevos géneros de romances ni fué tenida en estima la imitación de los antiguos. De aquí el que no se sintiera la *necesidad* de preparar nuevas colecciones de ellos, ni para el pueblo ni para los cultos, y el que las reimpressiones de las antiguas fueran cada vez más raras. Al final del siglo xviii fué cuando por primera vez se produjo una *reacción nacional* en la poesía española, consecuencia de haberse robustecido y despertado de nuevo por motivos políticos la conciencia nacional y á la vez el sentimiento empequeñecido por trabas de escuela, que por la pobreza extraña había dejado olvidar la propia riqueza. Limitáronse en un principio á admitir y cultivar de nuevo en la poesía artística algunas de las antiguas formas nacionales, y entre ellas la de los romances, pero sólo en géneros del más humilde estilo, imitando como es natural, los de los más antiguos modelos, que tuvieran la mayor perfección técnica y la más elegante forma, pues todavía se dirigía la principal mirada á lo formal. Así es que los corifeos del partido nacional, Huerta, Moratín el Viejo, Meléndez Valdés, Quintana se atrevieron á componer romances moriscos y pastoriles, Iglesias y Moratín el Joven, burlescos y satíricos, siguiendo el patrón de los de Quevedo y Góngora. De esta manera se volvió á despertar el interés aun hacia los más viejos romances; pero sólo un interés *literario-estético* y sólo hacia aquellos géneros que habían alcanzado un cultivo el *más artístico* (1). Desde este punto de vista y para *estos* intere-

nosprecio en que por entonces tenían los cultos la forma del romance. »Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como verso escrito sólo para el vulgo, y como el que podía permitirse al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzarlos á asquearlo y á desdeñarlo.»

(1) Con qué prejuicios, á pesar de esto, tenía que luchar hace todavía una década el poeta que quisiera servirse para asuntos serios de la forma popular romancesca, y cuán poco, por lo tanto, había sido ésta restablecida en su antiguo derecho, como forma *viva*, por lo menos entre los cul-

ses se emprendió la siguiente nueva colección de romances:

* 20) «*Poesías escogidas de nuestros Cancioneros y Romanceros antiguos. Continuación de la colección de D. Ramón Fernández (Estala). Tomo xvi: contiene el Cancionero, y los Romances moriscos y los pastoriles. Tomo xvii contiene los Romances heroicos, los jocosos y las Letrillas. Madrid, 1796, en 8.º*».—Ya por la mera enumeración de los géneros de romances admitidos en ella se ve cuál fué su principio de selección: aceptar tan sólo lo más perfecto *técnicamente*. De aquí el que no estén tomados de ninguna colección más antigua que el «Romancero general», y que entre los «moriscos» y «heroicos» no haya uno solo antiguo y legítimamente popular. El editor, el célebre poeta D. Manuel José Quintana, procura, es cierto, en el prólogo volver á restablecer en su honra á los romances; pero su misma alabanza (por ejemplo, páginas xiv-xv: «fueron propiamente nuestra poesía lírica, etc.»), muestra ya, cuán preocupadas estaban aún sus opiniones, cómo desconocían aún el principio propio y la verdadera naturaleza de los romances. De aquí el que diga, con razón es cierto: «Ya se los mire por la parte del lenguaje, ya por la poesía, los Romanceros encierran una muchedumbre de preciosidades que no debían quedar olvidadas en las rarísimas colecciones que casi nadie lee ya.» Pero buscó estas preciosidades donde la mayor parte eran *ilegítimas*, dejó las piedras preciosas porque estaban aún sin pulimento, escogiendo las ya arregladas, y permitiéndose además, según

nos, lo prueba precisamente el prólogo tan armado de punta en blanco, que pone Saavedra á sus «Romances históricos», en el que estima necesario defender tal empresa nacional con todo lujo de erudición y elocuencia; lo prueba el que un poeta, por otra parte de tanto talento, como D. J. J. de Mera, en el prólogo á sus «Leyendas Españolas», presenta como indigna de la poesía artística de nuestro tiempo la «humilde trivialidad del Romance».

la moda de entonces, limpiarlas y limarlas («limpiarlas de las infinitas mentiras en que abundaban, y corregirlas de veces de los lunares que el mal gusto del siglo imprimió en ellas, tal ha sido el trabajo que los editores han hecho»). El «Romancero» que se halla en las «Poesías selectas castellanas» de Quintana (Madrid, 1807; última edición de 1830, 12.º Tomo II, páginas 117 á 279), es la quinta esencia de la colección precitada (1). El que durante tan largo tiempo no pudieran libertarse por completo en España de estas opiniones artísticas menguadas y francesas y que, por lo tanto, siguieran inestimados los legítimos tesoros de la antigua poesía *epica popular* de los romances, lo prueba el que hasta nuestros días se contentaran con esta colección y que fueron *extranjeros* los primeros que llamaron la atención hacia esa riqueza del suelo español. *Alemanes*—que buscaban el porvenir en el pasado—fueron los que primero enseñaron á los españoles que no en los modernos jardincillos franceses, sino en sus viejas «selvas» y «florestas» patrias (Silvas y Florestas) habían de buscar las «frescas rosas» y las «fuentes refrescadoras» de la poesía popular. De aquí el que tengamos que volvernos de España á Alemania.

* 27) «*Silva de romances viejos, publicada por Jacobo Grimm, Vienna de Austria*», 1815, en 16.º Como es de esperar de un tan gran conocedor de la poesía popular, ofrece esta «Silva» legítimas flores silvestres, verdaderos

(1) Como es natural, aquí sólo podemos tomar en consideración las nuevas colecciones de poesías españolas en cuanto contengan exclusiva ó preferentemente romances; debo, sin embargo, mencionar que Böhl de Faber en su «Floresta de rimas antiguas castellana» da una notable selección de la mayor parte de los romances populares, pero sólo de los géneros más líricos (parte II, núm. 122 á 165, y 319 á 328; parte III, núm. 846 á 849, 858, 859, 955 á 957, entre ellos muchos de pliegos sueltos muy raros, como por ejemplo, el núm. 15 de más arriba), puesto que tenía el propósito de editar un Romancero cronológico-histórico, que de seguro, hubiera sido tan magistral como la «Floresta».

romances populares antiguos escogidos, hasta dos del «Cancionero de romances», 29 del ciclo de leyendas carolingias, otros 40 romances épicos, impresos todos en *líneas largas* (los de versos octosilabos del romance en uno) con un glosario. Elección y ordenación anuncian al maestro, siendo en este respecto la *primera verdadera colección modelo*.

* 28) *Sammlung der besten alten spanischen historischen Ritter—und maurischen Romanzen. Geordnet und mit Anmerkungen und einer Einleitung versehen von Ch. B. Depping. Altenburg und Leipzig. 1817, 8.º*

Colección de los más célebres romances antiguos españoles, históricos y caballerescos, publicada por C. B. Depping, y ahora considerablemente enmendada por un español refugiado (Vicente Salvá), Londres, 1825, 2 vols. 8.

Romancero castellano, etc. (véase el título completo de esta última edición de la colección de Depping entre las obras que van expresadas á la cabeza de este ensayo, núm. 4).

Depping ha alcanzado por la primera edición el mérito de haber sido el *primero* en dar un romancero completo, ordenado y que abarca todos los géneros principales, habiéndola hecho más accesible á un más amplio círculo de lectores por su introducción y sus notas. Sería injusto denunciar las faltas de la misma, después que han aparecido ediciones nuevas. Pero que aún entonces correspondía muy bien á los fines propuestos, lo prueba el que un español preparara otra edición, y el que éste, el Sr. Salvá reconociera expresamente en su prólogo (pág. xii) que, «A pesar de las mencionadas imperfecciones, todavía es la colección de Depping en el día la más estimada, etc.» (1). Limitóse,

(1) Con esto concuerda también el autor de la muy digna de ser leída reseña de esta nueva edición en los «Ocios de Españoles emigrados», Londres, 1825, 8.º, tomo iv, pág. 1, sig., diciendo: «Comoquiera que sea, y á pesar de los defectos de la colección de Depping, reconoce el editor español, y en ello no se equivoca, que es la más apreciable de cuantas hasta

por lo tanto, el Sr. Salvá á dar un texto de los romances históricos y caballerescos más purificado de muchas erratas y faltas, á ordenar conforme al sentido la división de los romances en estrofas de cuatro versos, que Depping consideraba como esencial, pero que en realidad era tan sólo imaginaria («sus imaginados cuartetos»), y á añadir un par de notas de rectificación á las de Depping. Son más notables las mejoras de la nueva edición, la que va colocada á la cabeza de este trabajo, preparada por el mismo Depping, aumentada casi en una mitad, y la más rica colección de romances que hasta ella se poseía. Contiene también los mayores y tan importantes romances caballerescos del ciclo de leyendas carolingias, que faltaban en la primera edición, y da, además un notable apéndice de los «Romanceros», sobre todo de la «Flor de enamorados», y muchos sacados de las «Comedias» del siglo xvii. Introducción y notas están en gran parte arregladas y traducidas al español por el famoso publicista y orador español el Sr. Alcalá Galiano, y completadas con notas suplementarias (volveré sobre esto en las ulteriores divisiones de este ensayo), siendo de alabar en general la elección de división y ordenación, en cuanto tenía preferentemente por fin una relativa integridad del *material romancesco*. Es sobre todo de aprobar que haya ordenado los romances histórico-tradicionales de las guerras con los moros, no entre los «moriscos» sino entre los «históricos» (1), mos-

ahora se han hecho, si se atiende á su riqueza, á la clasificación en que está distribuida, y al orden de colocación guardado en las piezas que la componen, etc.»

(1) Es cierto que en mi edición de las «Rosas» de Timoneda he separado los romances que tratan de asunto morisco de los «históricos», colocándolos bajo la rúbrica de «moriscos», pero por una parte no podía fuera de eso, hallarse confusión alguna con los romances pseudo-moriscos puesto que no los hay tales en Timoneda, y por otra parte Timoneda mismo había ya agrupado la mayor parte bajo el título de: «Cosas de Granada». Por otra parte, pueden llamarse algunos de ellos, si no moriscos, no tampoco propiamente históricos, de modo que yo podía—sin ocasionar me-

trando así en la aplicación un tacto más seguro que en la teoría, puesto que, como demostraré más adelante, en la introducción participa aún de todas las opiniones erróneas respecto á los romances moriscos. Pero sin caer en aquella crítica al menudeo y de los detalles que en ninguna parte es más fácil que en colecciones semejantes, no puedo menos de vituperar el que haya más de una vez recogido el oropel y dejado el oro (1); que haya estado demasiado desdeñoso con los todavía populares romances históricos de los siglos XVI y XVII (por ejemplo, en la «Silva» y en los «Romances varios», v. núm. 23), y que la última sección, «Romances sobre varios asuntos», sea demasiado abigarrada y demasiado incompleta respecto á las demás, pues podía haber introducido más orden y una disposición de conjunto mejor, introduciendo en ella sub-divisiones (como las ya tradicionales de: doctrinales, amatorios, jocosos, satíricos, etc.) Entonces no irían juntos romances tan diversos en cuanto á su principio y su tiempo, como por ejemplo: «La moza gallega», é inmediatamente después: «Rosa fresca», «Fontefrida», y luego otra vez: «Una zagaleja», etc., entonces habría ganado espacio para algunos géneros de romances suprimidos sin razón (como por ejemplo, las «xácaras») suprimiendo para ello las *letrillas*, que no son del todo perti-

diante una confusión una mala inteligencia respecto al origen y al modo de ser tratados los de diferentes géneros—reunir estos romances homogéneos en cuanto á su materia bajo el título de «moriscos» á falta de una denominación más adecuada.

(1) Así, por ejemplo, de aquel tan cantado suceso del obispo de Jaén, no da más que las versiones mutiladas é interpoladas de Hita (tomo I, páginas 370 á 371) al paso que ha pasado por alto los preciosos y legítimos romances viejos populares del «Cancionero de Romances» (Día era de San Antón); los que se hallan en Argote de Molina (Nobleza de Andalucía, lib. II, pág. 206) y Ortiz de Zúñiga (Discurso genealógico de los Ortizes, páginas 89-90). Así, tampoco ha recogido uno de los más antiguos y más genuinos romances populares, el del «Prior de San Juan», que está en la «Silva» y en Timoneda (v. «Primavera», núm. 82 y núm. 69 y 69 a.)

nentes en un Romancero (y las cuales, si quería aceptarlo, podía haberlo hecho en un apéndice dando una selección más rica de ellas). Tampoco puedo aprobar el que ha excluido totalmente y de propósito deliberado los romances idílicos, pastoriles y piscatorios (v. la Introducción pág. XLIX), pues por mucho que participe de su repugnancia hacia esas lamentaciones pastorales y las consideren tan impopulares como los romances moriscos, han jugado sin embargo en la historia de la poesía romancesca—cuanto debe tenerse también en cuenta la más artística—un papel importante, y en más de un respecto pueden tener tantas pretensiones como los moriscos para entrar en una colección, cuando menos por algún que otro modelo, á la vez que satisfacen el interés *literario-histórico*. Me apresuro á advertir, como es justo, que el Sr. Depping tuvo presente ante todo lo *primero*, pues si la colección hubiera sido emprendida desde el punto de vista *literario-histórico* y destinada *preferentemente* á uso *científico*, debería en general haber llenado otros requisitos. Entonces se debería exigir una *separación crítica* según un *principio* (el popular ó el artístico), una selección determinada sólo por este y por el valor *literario-histórico* (es decir, de los viejos romances populares *todos*, de los más nuevos populares y artísticos sólo los *modelos característicos* de cada género); una ordenación lo más estrictamente cronológica según el momento genético, el *tiempo de su composición*, y no según condiciones meramente externas, como el curso de las historias tratadas en ellos, en que se reúne lo más heterogéneo (los *coetáneos del mismo origen* pueden en general agruparse según géneros, materias y ciclos de leyendas, y dentro de esto según las asonancias semejantes); una exacta comparación de las diferentes versiones y redacciones, y un texto depurado conforme á fundamentos filológicos y lo más ceñido que sea posible al originario, y sobre todo la *indicación de las fuentes*.

Como el Sr. Depping ha descuidado en gran parte esto último y no ha agregado á su edición un índice, ni alfabético siguiendo los versos iniciales, ni clasificado por materias (no ha hecho más que poner á la cabeza de cada tomo un índice en que se ordena el contenido según las divisiones capitales y los versos iniciales de los romances, tal como se siguen unos á otros en la colección), esto dificulta el uso científico de su colección, tanto más cuanto que no se puede siempre contar con su corrección. En compensación ha tenido cuidado de la comodidad de los aficionados, poniendo argumentos á la cabeza de los romances y notas que los aclaran mucho (notas que si se introducen en un texto crítico necesitan múltiples rectificaciones, que han recibido ya en parte en las que les añadió el Sr. Alcalá Galiano). También en esta nueva edición, por lo demás más hermosamente dispuesta, están los romances impresos divididos en estrofas de cuatro ó seis versos, lo cual creo, en los no artísticos por lo menos, que trastorna el sentido y malgasta espacio (más adelante he de tener ocasión de tratar más por extenso de la necesidad ó rectificación de esta división estrófica).

Y aún en este campo, *dos alemanes* son los que pueden considerarse como modelo, gracias á ventajas genuinamente nacionales: el uno por su delicado sentimiento de todo lo popular, y el otro por su leal diligencia de coleccionador y por su instinto poético. Veamos ya cómo este ejemplo ha obrado sobre otras naciones, sobre los españoles mismos. Los franceses, que en los tiempos más recientes se han curado por fin algo de su manía clásica, gracias sobre todo á la influencia de la crítica alemana, y han llegado á tomar sentido de lo popular y de las nacionalidades extranjeras, además de algunas traducciones de los romances del Cid, Rodrigo y otros (1) han añadido á la serie de los Ro-

(1) La traducción francesa más fiel y que mejor ha penetrado en el es-

maneros en su lengua original tan sólo el siguiente librito:

* 29) *Romancero é historia del rey de España D. Rodrigo, postrero de los Godos. En lenguaje antiguo; recopilado por Abel Hugo, París, 1821, 8.*—El editor, hermano del renombrado poeta Víctor Hugo, dice en el «Aviso al lector»: «En esa recopilación no van solamente los buenos romances de Rodrigo, sino todos»; pero sólo no da todos, sino que precisamente un par de los mejores más antiguos que están en las principales colecciones, en el «Cancionero de romances», y en la «Florista» no los da (á saber: «En Ceuta está Don Julián» «Los vientos eran contrarios»).

* 30) I. *Romancero de romances moriscos, compuesto de todos los de esta clase que contiene el Romancero general impreso en 1614, por D. Agustín Durán. Madrid, 1828, 8.*

II. *Romancero de romances doctrinales, amatorios, festivos, jocosos, satíricos y burlescos, sacados de varias colecciones generales, y de las obras de diversos poetas de los siglos xv, xvi y xvii, por el mismo. Madrid, 1829, 8.*

En espíritu del original aun cuando se halla en prosa, y que contiene una selección hecha con grande conocimiento y despreocupación, es la siguiente *Romancero espagnol, ou Recueil des Chants populaires de l'Espagne, romances historiques, chevaleresques, et moresques, traduction complète avec une introduction et des notes, par M. Damas Hinard: París, 1844, 2 vols., 8.* El traductor, tan ventajosamente conocido ya por sus versiones de los dramas de Calderón y Lope de Vega y su tan á menudo alabada y notable obra sobre el «Poema del Cid», ha dado nuevas pruebas de su hondo conocimiento de la lengua y la literatura españolas en esta obra, premiada por el real Instituto, y sobre todo en la introducción y las notas. Entre los italianos se ha hecho acreedor á los mayores méritos, por lo que hace á los romances españoles, el ya distinguido igualmente por sus traducciones de comedias de Calderón y Lope de Vega, Pietro Monti, mediante su *Romancero del Cid, traduzione dallo spagnuolo, con illustrazioni, Milano, 1833, 8,* y *Romanze storiche e moresche e poesie scelte spagnuole tradotte in versi italiani. Con prefazioni e note. Milano, 1850, 8.* Conocidas son las traducciones de los ingleses Lockhart, Bowring, etc.

III. *Cancionero y Romancero de coplas y canciones de arte menor, letras, letrillas, romances cortos y glosas, anteriores al siglo xviii, pertenecientes á los géneros Doctrinal, Amatorio, Jocosos, Satírico, etc.* Por el mismo. Madrid, 1829, 8.

IV, V. *Romancero de romances caballerescos é históricos anteriores al siglo xviii que contiene los de Amor, los de la Tabla Redonda, los de Carlo Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, del Cid Campeador, de los Infantes de Lara, etc., ordenado y recopilado por el mismo.* Madrid, 1832, 2 vols. 8 (todas las cinco partes tienen como título de cubierta: Colección de Romances Castellanos anteriores al siglo xviii). Una segunda edición, «nueva edición», como la llama el autor muy modestamente, pero en realidad una obra nacional completamente nueva y genuina, apareció bajo el título de: *Romancero general ó Colección de Romances castellanos anteriores al siglo xviii, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por D. A. Durán.* Madrid, 1849 á 1851, 2 tomos, en 8.º (forman los tomos x y xvi de la «Biblioteca de autores españoles», de Rivadeneyra).—Después que las opiniones de la crítica alemana sobre el elevado valor de la poesía popular y sobre todo de los romances populares españoles, pasando por Francia penetraron en la misma España; después que en esta progresó tanto la reacción nacional, que ya no se consideraban las obras de Lope de Vega como monstruosos engendros, ni los romances como trivialidades populacheras, sino que se miraba la propia literatura nacional con despreocupación y hasta con orgullo, podía una colección de romances emprendida, no ya desde el punto de vista meramente estético y en este sentido unilateral, sino desde el popular, contar con un público que tomaría parte en ella. Y en realidad, con un Romancero semejante se presentó don Agustín Durán, que se había ya distinguido en otro res-

pecto como propugnador del partido nacional. Ante todo Durán, con la noble ingenuidad de un investigador tan leal como hábil, reconoce en el prólogo á la nueva edición de su «Romancero general» la no desatendible influencia de la crítica alemana (1). Pero á él le corresponde, en todo caso, la honra de haber sido el primero que en España ha puesto por fin en claro y ha expresado osadamente lo que muchos con él habían sentido oscuramente hacia largo tiempo, no atreviéndose á confesarlo por prejuicios y miedo de ser tachados de herejía por los pseudo-clasicistas que seguían dando el tono. Esto es lo que indicaba modestamente y con circunspección en los prefacios de la edición primera, y esto lo que expresó con nobleza y abiertamente, aunque sin ocultar la inseguridad de sus primeros pasos, en un pasaje del prólogo á la nueva edición, pasaje tan interesante para la historia del libro y de la literatura española en general, que voy á insertarlo aquí (páginas vi-vii):

«Después de mediar el siglo xviii, fué moda en Europa y más en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Hacíase un vanaglorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenía por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era más cómodo traducir que inventar; porque costaba menos imitar lo hecho que reformar lo pasado y conformarlo á las variaciones que debía tener. En tal situación, apenas hubo quien saliese al encuentro de tan extraviadas ideas, siquiera para dis-

(1) Dice (pág. 5): «Los trabajos de los escritores alemanes que me precedieron han influido en los míos...» y en la pág. 8: «Por eso las primeras antologías de romances regularmente concebidas y bien pensadas se han hecho en Alemania. Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro; los que sabia y filosóficamente han reimpresso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas.»

cutirlas. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los países donde nació, mas que entre nosotros no podía producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra, aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamás tiene el carácter de originalidad.

»También participé del mismo error general; también sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me tuviese por necio y ridículo; también tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba. Pero llegó el tiempo de madurez y de reflexión, y conocí que la red que circuía al ingenio nacional era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipación literaria; el de atreverme á romper la primera malla de la red que la impedía, y en fin, el de arrojar en el suelo ya preparado la semilla que debía brotar. Apenas entonces teníamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad é independenciam que debiera nacer de la unión de lo pasado con lo presente; apenas uno que pensase en deducir de ella una teoría racional que la diese unidad filosófica; apenas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El más arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto, y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas la quería ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad.

Deseoso de excluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndolos los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los graves yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo (1), varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos e históricos*, los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo xviii.»

No creyó, sin embargo, Durán prudente en el año 1828 empezar la edición de su *Romancero* con los primitivos y populares, los antiguos históricos y caballerescos, pues su ingenua sencillez y frescura hubieran sido tomadas como trivialidad y rudeza por el gusto afrancesado de los españoles de entonces. Empezó, por el contrario, muy prudentemente con los que mejor se ajustaban á ese gusto, con los romances artísticos, más perfectos en lo técnico, más elegantes, los que bajo disfraz moro cantaban las intrigas de los galanes y damas de la corte de Felipe III, los llamados moriscos. A éstos hizo que siguieran en el año 1829 otras dos partes con romances líricos, igualmente artísticos en su mayoría, mezclados con otras poesías del mismo género como coplas y canciones de arte menor, letras, letrillas, etc., y en 1832 cerró su colección con las dos partes de los romances caballerescos é históri-

(1) «Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del Teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar. Por D. Agustín Durán (Madrid, 1828). Ha ayudado considerablemente á Durán en esta saludable reacción nuestro compatriota Böhl de Faber. Véase sobre todo el proceso evolutivo de la nueva literatura y crítica española la Introducción á mi «*Floresta de rimas modernas castellanas*» (Paris 1837) sobre todo acerca de la participación de Durán, 1, 24.

cos, que contenían junto á muchos artísticos los antiguos populares en su pureza desprovista de adorno sin afeites de moderno retoque, sin artificios estéticos. En la introducción mencionada expresó sin ambajes ni rodeos sus opiniones respecto á los rasgos preeminentes de la antigua literatura nacional española y al inimitable encanto de la poesía popular. En esta introducción (que ha sido reimpressa en la nueva edición con algunas notas y adiciones rectificatorias) mostró claro su punto de partida, y reveló—después que había ganado un público que se interesaba en el objeto y fin de su empresa—los motivos por los que había entrado en aquel camino, que él mismo designa como el opuesto al que entonces era corriente, diciendo:

«Teniendo que transigir con una generación educada y reglamentada por la crítica y la filosofía del siglo xviii, no quise hacer una obra meramente erudita, y así empecé mis tareas por las galas de los romances moriscos, antes que por las sencillas y rústicas narraciones de los caballerescos é históricos que ahora publico... Si acabo, pues, mi tarea por donde pudo empezarse, ha sido con el fin de darla un punto de vista que halague la imaginación de los lectores, que excite la pública curiosidad, y que, ofreciendo rosas antes que espinas, no rechace los ánimos ni los retraiga de la lectura.»

Y de hecho este era el camino más prudente; así ha alcanzado Durán el gran mérito de provocar una apreciación de la literatura nacional libre de prejuicios, volver á despertar el amor á la poesía popular y volver á poner en honor los romances. Pues su colección, no sólo fué leída y apreciada en el interior y en el extranjero, como lo prueban las reimpresiones de la misma (bajo el título de «Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles», de Ochoa), en París (1838) y Barcelona (1840), sino que también los más distinguidos entre los modernos poetas artísticos

como Lista, el duque de Rivas, Roca de Togores, Romero y Larzañaga, Zorrilla, Serafín Calderón y otros, cultivaron con más ó menos fortuna, pero con creciente aplauso del público esta forma por tan largo tiempo desdenada, y cantaron otra vez más en el viejo tono romancero como en un tiempo lo habían hecho Góngora y Lope de Vega á porfía con los ciegos, las leyendas nacionales y los grandes hechos de la historia patria, que poco tiempo antes no hubieran osado tratar sino en epopeyas de largo aliento y con las *ottave rime* de escuela. Hasta el famoso poeta dramático Hartzenbusch editó una edición de lujo, ilustrada, de los mejores romances antiguos (1).

Sólo á seguida de tal revolución en la dirección del gusto en España pudo un librero emprendedor, como Rivadeneyra en Madrid, atreverse á dar á luz una obra nacional tan considerable y costosa como la «Biblioteca de autores españoles», insertando en dos tomos de esta la nueva tirada del «Romancero» de Durán.

Al decir «nueva», se hace propiamente gran injusticia al editor, aun cuando él mismo abra su nuevo prólogo con esta modesta denominación; puesto que es más bien una nueva obra, rico fruto de perseverante estudio y colección favorecida por la fortuna, á la que la antigua sirve tan sólo de núcleo, y con la cual no se la puede comparar ni en capacidad, disposición y dimensiones (el primer tomo en grande octavo y á dos columnas, tiene xcvi y 600 páginas, el segundo xii y 736) ni en integridad (la antigua edición contiene en sus cinco partes 1.150 piezas, muchas entre ellas que no pertenecen por su forma á los romances; la nueva da 1.901 romances).

(1) «Romancero pintoresco, ó Colección de nuestros mejores romances antiguos» (Madrid, 1848), con ilustraciones tomadas de las de la conocida traducción inglesa de Lockhart.